



ARISTÓFANES

*Lisístrata*

Lectulandia

Cansadas de soportar las prolongadas ausencias del hogar que la guerra impone a los varones y de la consiguiente escasez de relaciones sexuales, las mujeres de toda la Hélade, convocadas en Atenas por Lisístrata, deciden hacer que tan incómoda situación obre en su favor, llevándola a sus últimos extremos. Para conseguir la paz fuera de sus casas declararán la guerra dentro de ellas: forzarán a los hombres a concertar la paz, negándose por completo a mantener relaciones sexuales con ellos mientras dure la guerra.

Lectulandia

Aristófanes

# Lisístrata

Introducción, traducción y notas de Luis M. Macía Aparicio

ePUB v1.0

Tammy\_Baker 15.07.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Lysistráte*  
Aristófanes, 411 a. C.  
Traducción: Luis M. Macía Aparicio  
Ediciones Clásicas

Editor original: Tammy\_Baker (v1.0)  
ePub base v2.0

# INTRODUCCIÓN

## ***La obra en su contexto histórico***

Suele aceptarse que *Lisístrata* compitió en el concurso dramático de las *Leneas* del año 411 a. C. Por entonces Calias era arconte en Atenas, según apunta el Argumento I de nuestra obra, que, en cambio, nada nos dice de los rivales con que compitió ni del puesto que esta comedia consiguió en el certamen.

Si esa opinión es acertada, su representación habría tenido lugar sólo unos meses antes del triunfo de la famosa asonada oligárquica de aquel año que interrumpió durante un breve espacio de tiempo el sistema democrático de gobierno de Atenas. Nuestra obra ofrece información de ciertos detalles de los inicios de ese movimiento<sup>[1]</sup>, pero sus noticias requieren una evaluación prudente, porque la Comedia es un género literario al que no le es exigible el rigor histórico.

De todas formas, la situación política y las perspectivas de Atenas en su confrontación bélica con Esparta, que duraba ya veinte largos años, se habían deteriorado tanto como para que se contemplase sin excesiva preocupación el posible final del sistema democrático que desde tiempos muy remotos había sido el santo y seña de la ciudad<sup>[2]</sup>. Cabe imaginar que el hastío y la decepción, por una parte, y el miedo, por otra, se habrían adueñado del espíritu de los atenienses, que quizá veían en el cambio político que amenazaba una posible solución y un modo de detener la imparable carrera de la ciudad hacia su ruina. Los hechos que habían conducido a tan desesperada situación son bien conocidos, pero creo necesario exponerlos en un breve resumen.

En el año 415 a. C., la Asamblea ateniense, abandonando la prudente estrategia bélica que diseñara Pericles, aprobó, seducida por las atractivas perspectivas que abría ante sus ojos el encantador y ambicioso Alcibíades, el envío de una importante expedición militar a Sicilia, cuyo objetivo era someter a la ciudad de Siracusa, poderosa amiga de Esparta, que, aunque hasta el momento se había mantenido al margen del conflicto entre atenienses y espartanos, constituía una amenaza potencial para la seguridad de Atenas.

Desde el mismo momento de la partida de la expedición —y antes incluso— empezó a producirse una cadena de acontecimientos que al cabo de cuatro años llevaría a la caótica situación que preparó el camino para la ya mentada revuelta oligárquica del 411 a. C. Y en todos ellos Alcibíades fue destacado protagonista.

Acusado junto a otros prestigiosos atenienses de la sacrílega parodia de los Misterios de Eleusis y de la mutilación de los *hermes*<sup>[3]</sup>, Alcibíades, que junto a Nicias y Lámaco, a quienes la Asamblea le había puesto como colegas en el mando para limitar sus excesos, había zarpado al mando de la expedición, fue reclamado en Atenas para someterse al juicio correspondiente. Sin embargo, asustado ante la más que probable condena, desertó para salvar su vida antes de arribar a Sicilia y se pasó

al bando enemigo. Llegado a Esparta compareció ante la Apella, justificó como lógicos los perjuicios que hubiera podido causar en el ejercicio de su mando y puso a disposición de la mortal enemiga de Atenas su buen conocimiento de las intenciones y, sobre todo, de los puntos débiles de ésta. Y no puede negarse que su función asesora se dejara notar.

Haciendo caso a Alcibíades, Esparta le dio un mayor dinamismo a su actividad bélica frente a Atenas: tras adueñarse en su habitual incursión anual del estratégico enclave de Decelía, cercano a la ciudad, un contingente espartano quedó de retén en la plaza, sin retirarse completamente del territorio, como habían hecho siempre hasta entonces. Con fuerzas enemigas tan próximas los habitantes de Atenas no podían ya cultivar el campo ni alejarse demasiado de su ciudad; incluso la peregrinación anual a Eleusis para celebrar los *Misterios* se vio perturbada por la presencia de los lacedemonios en Decelía, pues los atenienses se vieron forzados a hacer por mar el viaje al santuario de Deméter y Perséfone, que distaba de la ciudad sólo 25 kms. por el Camino Sagrado<sup>[4]</sup>.

También por sugerencia del tráfuga Esparta intervino en la campaña de Sicilia, enviando al espartiatá Gilipo como director de operaciones. Su concurso, que logró impedir apenas llegar que los atenienses cerraran por completo la tenaza que habían empezado a tender en torno a Siracusa, unido al entusiasmo de los propios siracusanos y sus aliados en la lucha, hizo que la expedición ateniense terminara en un completo y costosísimo fracaso. Era el año 413 a. C. y la fallida campaña siciliana se convertía en el segundo golpe que recibía Atenas en poco tiempo. El desastre económico y la pérdida de numerosas vidas se sumaba ahora a la enojosa presencia de los espartanos en Decelía.

La ciudad se tambaleó, y todos sus enemigos vieron llegado el momento de pasarle factura: empezando por Quíos, las ciudades del imperio ateniense situadas en la costa de Jonia hicieron defección de éste y se pasaron a Esparta. La intervención de Alcibíades había sido decisiva también en este asunto, recomendando a sus actuales amigos de Esparta<sup>[5]</sup> que apoyaran decididamente a los rebeldes y, al poco tiempo, asumiendo él mismo *in situ* la promoción de la revuelta, que, como reguero de pólvora, se extendió por toda la costa jonia: Eritras, Clazómenas y Mileto se unieron sucesivamente a los espartanos.

La pérdida de las ciudades jónicas comprometía seriamente la llegada a Atenas del flujo de mercancías que garantizaba la subsistencia de la ciudad, acosada por tierra por las fuerzas espartanas<sup>[6]</sup>; pero había aún otra negra nube que se levantaba ominosa en el horizonte de Atenas: la posibilidad de que Persia entrara en el conflicto en apoyo de Esparta.

Es que Tisafernes, el sátrapa de Jonia, creía llegada la ocasión de recuperar para el Gran Rey las ciudades de la zona, perdidas en las Guerras Médicas, si intervenía en

la guerra entre Atenas y Esparta en favor de esta última: la potencia de Lacedemonia, que no tenía intereses económicos ni vínculos de sangre con esas ciudades, no opondría mayores reparos en cedérselas al persa a cambio de su ayuda. Y aunque, en efecto, fue precisamente eso lo que en definitiva hizo Tisafernes, en el momento que describimos la rocambolesca actuación de Alcibíades le hacía mantener su decisión en suspenso.

En efecto, Alcibíades había empezado a distanciarse de Esparta, donde se había creado poderosos enemigos, y había iniciado un acercamiento a Tisafernes, por una parte, y a la facción oligárquica de Samos, el último bastión de Atenas en Jonia, por otra. Alcibíades recomendaba a Tisafernes que no se precipitara en otorgar decididamente su apoyo a ningún bando, sino que dejara a los dos debilitarse mutuamente y aguardara para caer sobre el vencedor y quedarse con todo. En cuanto a los de Samos, les prometía el apoyo del persa —a quien afirmaba tener completamente de su parte— si conseguían terminar con el régimen democrático ateniense, que tantos perjuicios había ocasionado al Gran Rey y que tanto le molestaba. Y así hicieron los samios: primero en la propia Samos y luego en Atenas, Pisandro y otros impusieron el cambio político. La ciudad había de gobernarse, aunque fuera sólo durante unos cuantos meses, con un régimen oligárquico.

## ***Tema y estructura***

Así las cosas, y ante el inminente cambio político, Aristófanes presentó al concurso esta pieza, que constituye un auténtico manifiesto en pro de la paz. Su eslogan, como el de aquellos hippies de los sesenta, podría ser *quien hace la guerra no hará el amor*.

Su argumento es sobradamente conocido. Cansadas de soportar las prolongadas ausencias del hogar que la guerra impone a los varones y de la consiguiente escasez de relaciones sexuales, las mujeres de toda la Hélade, convocadas en Atenas por Lisístrata, nuestra protagonista de premonitorio nombre<sup>[7]</sup>, deciden hacer que tan incómoda situación obre en su favor, llevándola a sus últimos extremos. Para conseguir la paz fuera de sus casas declararán la guerra dentro de ellas: forzarán a los hombres a concertar la paz, negándose por completo a mantener relaciones sexuales con ellos mientras dure la guerra. Ése es el plan principal, que finalmente consigue el fin perseguido. Pero casi de pasada, y como simple refuerzo de ese plan principal las viejas de Atenas se adueñarán de la Acrópolis para hacerse con el control del tesoro de Atenea e impedir que se siga gastando en el pago de los gastos de guerra. Se trata, pues, de una acción unitaria que se divide en dos partes, la acción de las jóvenes: castidad forzosa para todos, y la de las viejas: golpe de estado y control del gasto<sup>[8]</sup>. Y puede que esa complejidad sea la causa de que el desarrollo de esta comedia sea un tanto complicado.

Con las primeras luces del alba, las mujeres de Atenas y las *delegadas* de Esparta, Tebas y Corinto se reúnen ante la casa de Lisístrata. Ésta, después de hacerles reconocer que no pueden soportar por más tiempo las privaciones que impone la guerra, les expone sin ambages el plan que ha ideado: las viejas de Atenas van a apoderarse de la Acrópolis y a controlar el tesoro de la diosa; en cuanto a ellas, deben comprometerse por un juramento solemne a abstenerse totalmente de mantener relaciones sexuales con sus maridos mientras dure la guerra.

La propuesta causa estragos en las filas de las mujeres, cuya decisión —así lo exige el tópico cómico de su afición al sexo— flaquea. No obstante, Lisístrata consigue el apoyo de la espartana Lampito y, por fin, aunque a regañadientes, el juramento de todas. En este punto (v. 250) concluye el *prólogo*.

Y enseguida comienza el *agón*, el apartado en el que se resuelve el problema planteado. Curiosamente, sin embargo, la solución afecta a la parte del plan de Lisístrata que parecía menos importante a juzgar por la forma de presentarlo en el *prólogo*. Me refiero a la toma de la Acrópolis por las viejas, es decir, a la asunción del poder por las mujeres y a su conquista del control sobre el tesoro de la diosa.

Primero un grupo de viejas frente a otro de viejos —el coro cómico, dividido en dos semicoros— que, recordando tiempos pasados, acuden en defensa de la

ciudadela<sup>[9]</sup>, y después Lisístrata ante un importante miembro del gobierno, que reivindica, mitad colérico y mitad simplemente estupefacto ante la inimaginable osadía de las mujeres, el inalienable derecho de los varones a gobernar y a controlar el gasto público, imponen con argumentos —y también con golpes— las razones de las mujeres. El *agón* termina (v. 705) tras el abandono precipitado de la escena por el antagonista, derrotado en toda regla como es usual, y la tensa situación en que quedan los dos semicoros, a punto de reiniciar la pelea. La parte de la acción encomendada a las viejas se ha llevado a cabo con éxito.

En cuanto a la abstinencia sexual, el tema queda casi por completo fuera de la discusión del *agón*, aunque durante la disputa entre Lisístrata y el *probulo* no faltan alusiones a las prolongadas ausencias de los hombres, empeñados en campañas inacabables, y en la injusta desigualdad de oportunidades de ambos sexos ante el amor. Sin embargo, creo que la causa de que esa parte del plan de nuestra heroína no se aborde es que es un asunto al que no le cuadra una discusión por medio de razones: es, simplemente, un estado de cosas, una situación de hecho cuyo mantenimiento estricto por las mujeres va minando paulatinamente la resistencia de los hombres, para culminar con el rotundo éxito de aquéllas.

No obstante, tras el *agón*, que ha servido para confirmar el derecho de las mujeres a gobernar, alcanzado por ellas mediante su golpe de estado, falta por comprobar si también su otra iniciativa —la de la castidad forzosa— tiene igualmente éxito. Y a ello se dedica prácticamente la totalidad de lo que queda de nuestra comedia. El asunto se reparte en tres escenas.

La primera (vv. 706-80) es muy breve y sencilla. Presenta la dureza de las condiciones impuestas por el juramento de las mujeres desde su propio bando. En ella varias mujeres intentan salir de la Acrópolis en busca de sus maridos, ofreciendo las excusas más peregrinas para justificarse al ser sorprendidas.

Una rápida intervención de los dos coros (vv. 781-830), que se lanzan mutuas amenazas, da paso a la segunda, que muestra la situación con los hombres como víctimas. Estamos hablando de la desesperada busca de Mirrina por su esposo Cinesias (vv. 831-980), uno de los pasajes más cómicos de toda la producción aristofánica. La escena, casi una comedia en sí misma, ofrece paralelos con episodios de seducción de la Literatura Griega que hemos señalado en otro lugar<sup>[10]</sup>. El pobre Cinesias comprueba bien a su pesar lo duro que puede resultar no plegarse a las condiciones de las mujeres, sobre todo después de haber estado a punto (o de haber creído estarlo, más bien) de poder librarse de su cumplimiento sin renunciar a sus derechos como marido.

Ambas escenas sirven también para preparar el terreno a la solución del conflicto. Hay una primera conversación (vv. 981-1013) entre un magistrado ateniense y un heraldo espartano, que, aunque tratan de ocultarlo, muestran muy a las claras, merced

a ciertos abultamientos sospechosos de sus túnicas, las razones que les impulsan a negociar. Inmediatamente (vv. 1014-70) se produce la reconciliación de los dos semicoros, que desde ahora intervendrán como coro único, invitando a todos los presentes —la invitación es falsa, como siempre— a que disfruten de todas las ventajas que ellos han conseguido. Luego, en una escena que recuerda en numerosos detalles a los *agones*, pues aparecen la exhortación del coro a Lisístrata (*katakeleusmós*) y el discurso que ésta dirige alternativamente a unos y otros en una forma que recuerda especialmente la disputa entre Praxágora, Cremes y Blépiro en *La asamblea de las mujeres*, se reúnen nuevamente atenienses y espartanos, tras la vuelta de éstos desde Esparta con los oportunos poderes para negociar una solución, cualquier solución.

El hecho es que Lisístrata convence a unos y otros para que concierten la paz, devolviéndose mutuamente las distintas plazas que se habían ido arrebatando durante la guerra, plazas cuyos nombres le dan ocasión al poeta para introducir una serie de equívocos sexuales muy adecuados a la trama. Las dotes de persuasión de la protagonista, que apela a la lógica irrefutable de la gente sencilla, se ven reforzadas decisivamente por la presencia de Concordia, entidad abstracta representada por una joven muy concreta y bastante ligerita de ropa, cuya contemplación hace imposible que los negociadores continúen voluntariamente ni un momento más en su penosa situación. El triunfo de las tesis de las mujeres, apoyadas en sus medidas de fuerza, produce la paz entre los helenos, que se celebra con el acostumbrado banquete, tras el cual el delegado espartano incluso se permite un arranque lírico, exageradamente celebrado por los concurrentes.

Con semejante argumento parece superfluo insistir en la comicidad de esta pieza. De hecho, la utilización con fines cómicos de temas relacionados con la vida sexual es una forma segura de provocar la hilaridad a poco que se sepa explotar las situaciones, y en eso nuestro poeta es un verdadero maestro. Episodios como el de los frustrados amores de Cinesias<sup>[11]</sup> o el juramento de las mujeres son buena prueba de ello. Pero no es sólo la presencia del sexo lo que hace reír en *Lisístrata*, también está el antagonismo entre hombres y mujeres y la perplejidad de éstos ante la decidida acción de quienes en la vida real mantenían una actitud tan distante de la de las protagonistas de la obra. Porque las mujeres de la Hélade —se ha insistido en ello hasta la saciedad<sup>[12]</sup>— no tenían ni la más remota posibilidad de comportarse como Lisístrata, Mirrina o Lampito. Y en esta disparatada diferencia reside otra de las bases de la comicidad de esta obra, una diferencia tan absoluta que invita a reír y no a pensar. Pero sobre esto volveremos enseguida.

## ***Lisístrata en la obra de Aristófanes***

Los gramáticos alejandrinos, autores de los resúmenes que preceden al texto de nuestras comedias, hacen a nuestro poeta autor de cuarenta y cuatro obras, entre las cuales hay cuatro, *La poesía*, *El naufragio*, *Las islas* y *Níobo* que pueden considerarse espurias y se le atribuyen también al cómico Arquipo. De ese número conservamos sólo once, en tanto que de las demás sólo quedan fragmentos en citas de tradición indirecta y papiros, aparte de referencias internas del propio Aristófanes en nuestras once comedias<sup>[13]</sup>.

La cronología de las obras es otro problema, una dificultad muy repetida en los autores antiguos. Sólo de las once que la tradición nos ha transmitido tenemos información relativamente amplia. Sin embargo, ni siquiera para ellas estamos siempre en condiciones de determinar con absoluta certeza la fecha o la festividad en que tuvo lugar su representación<sup>[14]</sup>. Como dijimos al principio, *Lisístrata* presenta problemas de esa naturaleza, aunque, como allí señalábamos, suele aceptarse que fue en las *Leneas* del año 411 a. C.<sup>[15]</sup>

Nos encontramos, pues, ante una comedia ambientada en plena Guerra del Peloponeso, es decir, una de las pertenecientes al grupo de las que pueden considerarse, a mi juicio, más genuinamente aristofánicas. Ese grupo que se caracteriza por ocuparse de los temas de más rabiosa actualidad de la política o de la vida diaria del momento en Atenas, que en ese sentido amplio puede etiquetarse con el título común de «comedias políticas», y del que apenas quedarían fuera *Las ranas*, *Las tsmoforias*, *Pluto* y, con dudas, *La asamblea de las mujeres*.

Al hablar de esta pieza me detendré brevemente en dos aspectos, a saber: su condición de comedia de mujeres y el problema de si debe considerarse una comedia política o de utopía.

Su carácter de comedia de mujeres lo comparte con otra pieza de la misma fecha, *Las tsmoforias* y, sobre todo, con *La asamblea de las mujeres*. En realidad, las afinidades que podría presentar con ellas como resultado de compartir esa condición son muy escasas respecto a la primera, que en rigor no es tanto una comedia de mujeres como una obra que se desarrolla en un ambiente femenino pero cuya temática y cuyo protagonista nada tienen que ver con las mujeres. Muy distinta es la situación respecto a la segunda, como tantas veces se ha señalado: tan numerosas son las semejanzas entre ambas comedias que quizá no sea descabellado imaginar que *Lisístrata* (de 411) inspiró y sirvió de modelo a *La asamblea* (de 392):

- una mujer madura —es decir, de unos 30 años, que en la Antigüedad la gente se hacía mayor mucho antes que en nuestros días— es la protagonista en ambas;
- ambas mujeres están preocupadas por la situación, y ante el continuo fracaso

- de los varones deciden tomar las riendas del poder;
- ambas buscarán el apoyo de otras mujeres: sólo de las de Atenas, Praxágora; de toda la Hélade, Lisístrata;
- en ambas comedias hay ocasiones sobradas para rendir culto al tópico cómico de la mujer lasciva y amiga del vino, aunque en ello, justo es reconocerlo, la palma se la llevan *Las tesmoforias*. Y, para terminar;
- en ambas piezas se desarrolla una escena de amor desgraciado, por exceso en *La asamblea* y por defecto en nuestra comedia, y ambos pasajes destacan por su desbordante comicidad.

El segundo punto es un problema siempre planteado y nunca resuelto. No es nada fácil determinar si hay que considerar políticas o de utopía algunas comedias, ya que la utopía es un procedimiento que la comedia política utiliza con profusión<sup>[16]</sup>. El caso de *Lisístrata* es particularmente difícil. En nuestra edición de las obras completas de Aristófanes la hemos incluido en el volumen dedicado a las comedias de utopía, por otra parte, en nuestra introducción a la edición separada de *La asamblea*<sup>[17]</sup> decíamos que es posible que el criterio más adecuado para decidir haya que buscarlo en la credibilidad de la solución aplicada al conflicto, mejor dicho, a la de su puesta en práctica. Sin embargo, cualquiera que sea la decisión que finalmente adoptemos será posible oponerle fundados reparos:

- considerar *Lisístrata* una comedia política parece, en principio, lo más natural: ambientada en un momento de crisis, ofrece una solución a la malhadada situación de la ciudad. Pero las dificultades son muy grandes. Sobre todo la imposibilidad absoluta de que las mujeres disfrutaran siquiera de la oportunidad de llevar a cabo semejante plan: la paz que se procura Diceópolis con los espartanos en *Los acarnienses* no está fuera, aunque sólo sea remotamente posible, de los datos objetivos de la realidad; en cambio, la posibilidad de que las *delegadas* de las ciudades en conflicto viajen a Atenas para reunirse, así como la de mantener su juramento de castidad negándose a las posibles exigencias de sus maridos nos parecen, simplemente, inimaginables. Son sólo una utopía que hace reír. En segundo lugar, un argumento formal pero también importante, en mi opinión. Me refiero a la carencia de *parábasis*, rasgo que comparte con dos comedias claramente utópicas, *La asamblea de las mujeres* y *Pluto*. Es sintomático que esta pieza carezca de ese apartado que, se ajusta perfectamente a las necesidades de la comedia política por su carácter concreto, apegado al presente, a la realidad;
- considerar, vistas las dificultades, *Lisístrata* una comedia de utopía parece lo más razonable. En contra de ello está sólo —nada menos— el hecho innegable de que la propuesta política de su protagonista no es más

descabellada que la de Trigeo en *La paz*, la del ya citado Diceópolis y la de tantos héroes cómicos de nuestro poeta. Sin embargo, creemos que las dificultades recién expuestas son superiores y, aunque con dudas, nos mantenemos en la opinión ya expresada de que *Lisístrata* debe considerarse una comedia de utopía.

Mucho me gustaría creer que la misma duda que nos asalta a nosotros surgiera en el ánimo de quienes tuvieran la suerte de asistir a la primera representación de esta obra *in situ*; pero de lo que no nos cabe ninguna duda es de que entonces se reirían con ganas de esta disparatada y graciosísima comedia, como se han reído siempre todos cuantos han tenido ocasión de asistir alguna vez a su representación.

Yo mismo he tenido el placer de dirigir su puesta en escena dos veces en la Universidad Autónoma de Madrid (1976 y 1986). En la persona de quienes representaron sus principales papeles quiero rendir homenaje a cuantos, alumnos entonces, compañeros ahora y amigos siempre, lo hicieron posible. Ante todo y con especial emoción a la tristemente desaparecida Lourdes Martín Vázquez, la primera y magnífica Lisístrata. También a su estupenda sucesora, Paloma López; a los excelentes corifeos, Mercedes Aguirre y Gregorio Amo, Susana Jiménez y Francisco Cilleruelo; a los *probulos*, José Fco. Pinilla y Felipe Martínez y a los Cinesias y Mirrinas, Antonio Cascón y Damián Sánchez, Laura Izquierdo y Esperanza Tenorio. En ellos quiero concentrar el recuerdo de todos.

*Luis M. Macía Aparicio*  
*Universidad Autónoma de Madrid*

# ARGUMENTOS

## I

Cierta Lisístrata, maquinando la reconciliación de los helenos, convoca en Atenas una asamblea de ciudadanas y mujeres del Peloponeso y de Beocia. Convince a todas de que no tengan relaciones con sus maridos hasta que éstos dejen de guerrear entre sí y despide a las forasteras tras dejar éstas rehenes y ella misma va a encontrarse con las que se han apoderado de la Acrópolis junto con los servidores. Una turba de viejos ciudadanos acude corriendo a las puertas de aquélla con antorchas y fuego; Lisístrata sale y les obliga a retirarse. Al poco tiempo, se acerca un magistrado con unos arqueros para desalojarlas por la fuerza, pero es derrotado por completo, y al preguntar con qué propósito han obrado así le dice ella en primer lugar que al ser dueñas del dinero no consentirán que los hombres lo usen para hacer la guerra y, en segundo lugar, que ellas lo administrarán todo mucho mejor y terminarán enseguida con la guerra que padecen. Él, entonces, sorprendido por su audacia, se marcha a contárselo a sus colegas para que todo eso no se lleve a efecto. Por su parte, los viejos se quedan allí y son insultados por las mujeres. Después, algunas de ellas son capturadas cuando de forma muy graciosa se escapan en busca de sus maridos, incapaces de contenerse; pero Lisístrata les suplica y ellas se reafirman en su decisión. Un tal Cinesias, un ciudadano, aparece por allí, deseoso de su mujer, y ella se burla y se ríe de él; pero le mete prisa con el asunto de la reconciliación. Llegan también heraldos de parte de los lacedemonios que, de paso, revelan lo que pasa con sus mujeres y llegando a un acuerdo entre ellos deciden enviar embajadores plenipotenciarios. Entonces los ancianos vuelven a una situación de normalidad con las mujeres y de dos coros que eran se reúnen en un solo coro. Y Lisístrata empuja a la reconciliación a los embajadores que le llegan de Lacedemonia y a los irritados atenienses, haciéndoles recordar la amistad que en tiempos hubo entre ellos, y los reconcilia públicamente, los acoge en una fiesta para todos y les entrega a cada cual su mujer para que se la lleve.

Se representó siendo arconte Calias, el que fue arconte después de Cleócrito. La presentó al concurso por medio de Calístrato.

Se llama Lisístrata porque disuelve los ejércitos.

## II

**(en trímetros yámbicos)**

Lisístrata convoca a sus conciudadanas y les propone abstenerse de sus maridos y no tener encuentros con ellos para que —había entonces una guerra fratricida— levanten de palabra la guerra con Esparta y se queden en casa todos. Una vez aceptado, unas cuantas mujeres se adueñan de la Acrópolis y otras se retiran. A su vez, las de Esparta deciden otro tanto y viene un heraldo a hablar del asunto. Y una vez logrado el acuerdo, se firman pactos y se pone fin a la guerra.

## PERSONAJES

*Lisístrata*

*Cleonica*

*Mirrina*

*Lampito*

*Coro de viejos*

*Coro de viejas*

*Consejero*<sup>[18]</sup>

*Mujeres*

*Cinesias*

*Niño de Cinesias*

*Heraldo espartano*

*Prítanis*

*Espartano*

*Ateniense*

# LISÍSTRATA

## ESCENA

*Las casas de Lisístrata y Cleonica están en primer término, una junto a otra. Al fondo, los Propileos; un estrecho sendero conduce a ellos desde la orquesta. Es muy temprano y Lisístrata da vueltas sin parar en torno a su casa.*

LISÍSTRATA.— Si alguien las hubiera llamado a una fiesta de Baco o de Pan, o a los ritos de Afrodita de los Cipotes en el templo de la Haceniños<sup>[19]</sup>, no habría habido forma de pasar por el ruido de los tambores, pero ahora no hay aquí ninguna mujer. Bueno, no: aquí sale mi vecina. Se te saluda. Cleonica.

CLEONICA.— Y a ti, Lisístrata. ¿Qué te inquieta? No pongas cara de escita, criatura, que no te favorece enarcar las cejas<sup>[20]</sup>.

LISÍSTRATA.— Es que me arde el corazón, Cleonica, y estoy muy enfadada por culpa de nosotras, las mujeres [10], porque los hombres nos toman por unas enredadoras.

CLEONICA.— Y lo somos, por Zeus.

LISÍSTRATA.— Sin embargo, se les dijo a éstas que vinieran aquí para tratar de un asunto nada insignificante y no vienen: están durmiendo.

CLEONICA.— Ya vendrán, querida. A las mujeres les es difícil salir de casa: una tiene que ocuparse del marido; otra, despabilar a un criado; otra, despertar al niño; otra, bañarlo; otra, darle de comer...

LISÍSTRATA.— Sí, pero ahora había cosas más urgentes para ellas [20].

CLEONICA.— ¿Y qué es, querida Lisístrata, eso para lo que hace unos días nos convocaste a las mujeres? ¿De que cosa se trata? ¿De qué tamaño?

LISÍSTRATA.— Grande.

CLEONICA.— ¿Y también gorda?

LISÍSTRATA.— Sí, por Zeus, muy gorda.

CLEONICA.— ¿Y cómo no estamos aquí todas<sup>[21]</sup>?

LISÍSTRATA.— No se trata de eso, que rápidamente habríamos venido. Es un asunto que yo he meditado y al que he dado vueltas y vueltas muchas noches desvelada.

CLEONICA.— ¿Y es algo sutil eso a lo que has dado vueltas y vueltas?

LISÍSTRATA.— Tan sutil como que la salvación de la Hélade entera está en manos de las mujeres [30].

CLEONICA.— ¿En manos de las mujeres? Bien poco vale entonces.

LISÍSTRATA.— Más vale que esté en nuestras manos el gobierno de la ciudad; y si no, se acabaron los peloponesios...

CLEONICA.— Entonces lo mejor es que se acaben los peloponesios.

LISÍSTRATA.— ... y todos los beocios están perdidos.

CLEONICA.— Todos no, deja fuera las anguilas<sup>[22]</sup>.

LISÍSTRATA.— Respecto a Atenas no diré nada semejante, pero piénsatelo un poco: si se reúnen aquí todas las mujeres, las de Beocia, las del Peloponeso [40] y nosotras, todas juntas salvaremos la Hélade.

CLEONICA.— ¿Y qué podrían hacer de sensato o glorioso las mujeres, que nos quedamos sentadas llenas de colorete, con nuestros vestidos de color azafrán, las largas cimbéricas que llegan hasta los pies y los zapatitos elegantes?

LISÍSTRATA.— Eso precisamente es lo que espero que nos salve: los vestidos azafranados, los perfumes, los zapatitos, el colorete y las túnicas transparentes...

CLEONICA.— ¿De qué modo?

LISÍSTRATA.— ... hasta tal punto que ninguno de los de ahora blandirá la lanza contra otros [50]...

CLEONICA.— Me haré teñir entonces un vestidito azafranado.

LISÍSTRATA.— ... ni echará mano al escudo...

CLEONICA.— Me pondré el vestido de gala.

LISÍSTRATA.— ... ni al puñal.

CLEONICA.— Me compraré unos zapatos nuevos.

LISÍSTRATA.— (*Impaciente*) ¿Pero no hace rato ya que deberían estar aquí las mujeres?

CLEONICA.— No sólo eso, por Zeus; volando debían haber llegado hace rato.

LISÍSTRATA.— ¡Qué infeliz! Verás a estas mujeres del Ática hacer todo mucho más tarde de lo debido. Pero tampoco está ninguna de las mujeres de la costa, ni de Salamina.

CLEONICA.— De éstas sé yo de cierto que esta madrugada han pasado sentadas a horcajadas en la barca [60]<sup>[23]</sup>.

LISÍSTRATA.— Ni tampoco las que yo suponía y con las que contaba que se presentarían aquí las primeras, las de los acarnienses. No han llegado.

CLEONICA.— Seguro que la mujer de Teágenes ha soplado lo suyo para venir aquí<sup>[24]</sup>. Pero aquí se te acercan unas cuantas.

LISÍSTRATA.— Y por allí vienen otras.

CLEONICA.— (*Tapándose la nariz*) ¡Huy, huy! ¿De dónde son?

LISÍSTRATA.— De la ciénaga, de Anagiro.

CLEONICA.— Por Zeus, me parece que Anagiro está muy agitada<sup>[25]</sup>.

MIRRINA.— ¿Llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿Por qué callas?

LISÍSTRATA.— No te alabo, Mirrina [70], por llegar a estas horas para un asunto como éste.

MIRRINA.— Es que apenas pude encontrar el sostén en la oscuridad; pero si se trata de algo urgente, cuéntanoslo a las que estamos.

CLEONICA.— No, por Zeus; esperemos un poco a las de Beocia y a las mujeres de los peloponesios.

LISÍSTRATA.— Lo que dices tú es mucho mejor. Además aquí se nos acerca Lampito. ¡Querida espartana, Lampito, hola! ¡Qué a la vista está tu belleza, encanto! ¡Qué buen color tienes y qué cuerpo despampanante [80]. Hasta podrías estrangular un toro!

LAMPITO<sup>[26]</sup>.— Lo creo, por los dos dioses<sup>[27]</sup>: hago gimnasia y levanto los pies hasta la altura del culo.

CLEONICA.— ¡Qué cosa tan bonita de tetas tienes!

LAMPITO.— Me estás magreando como a una víctima de sacrificio<sup>[28]</sup>.

LISÍSTRATA.— ¿Y esa otra jovencita, de dónde es?

LAMPITO.— Es una enviada de Beocia, por los dos dioses, que viene a vosotras.

LISÍSTRATA.— Por Zeus, que la Beocia tiene buenos campos.

CLEONICA.— (*Señalando el sexo depilado de la beocia*) Y por Zeus, que ésta ha segado con mucho esmero su campillo.

LISÍSTRATA.— ¿Y quién es esa otra chica?

LAMPITO.— Una mujer notable, por los dos dioses [90], y corintia además.

CLEONICA.— Notable sí que lo es, por Zeus; a la vista está: por este lado y por este otro.

LAMPITO.— ¿Y quién ha convocado entonces esta reunión de mujeres?

LISÍSTRATA.— Yo misma.

LAMPITO.— Explícanos pues qué quieres.

CLEONICA.— Por Zeus, querida, di de una vez lo que te preocupa.

LISÍSTRATA.— Ahora hablaré, pero antes quiero haceros una pregunta muy simple.

CLEONICA.— La que tú quieras.

LISÍSTRATA.— ¿No echáis de menos a los padres de vuestros hijos, que están en campaña? Pues bien sé yo [100] que los maridos de todas vosotras están fuera de casa.

CLEONICA.— El mío, ay de mí, lleva fuera de casa cinco meses: está en Tracia vigilando a Éucrates<sup>[29]</sup>.

MIRRINA.— Pues el mío, ocho meses completos en Pilos.

LAMPITO.— Y el mío, si alguna vez viene de su regimiento, volando agarra el escudo y se marcha como una exhalación.

LISÍSTRATA.— Ni siquiera de amantes ha quedado ni una chispa; y desde que nos traicionaron los milesios<sup>[30]</sup> no he visto ni un solo consolador de un palmo que nos sirva de ayuda con su cuero [110]. ¿Querriáis, pues, si encuentro el modo, ayudarme a terminar con la guerra?

CLEONICA.— Yo sí, por las dos diosas, aunque tuviera que dejar hoy mismo en prenda esta mantilla... y beberme lo que me dieran por ella.

MIRRINA.— Y yo. Aunque tuviera que entregar la mitad de mí misma, cortándome por en medio como un lenguado.

LAMPITO.— Y yo. Aunque tuviera que subirme al Taigeto, si desde allí he de ver la paz.

LISÍSTRATA.— Hablaré entonces; no hay que ocultar el plan. Mujeres, si hemos de forzar [120] a nuestros maridos a vivir en paz, hemos de abstenemos...

CLEONICA.— ¿De qué?

LISÍSTRATA.— ¿Lo haréis?

CLEONICA.— Lo haremos aunque tengamos que morir.

LISÍSTRATA.— Pues bien, hemos de abstenemos de la polla. (*Murmullos y gestos de espanto*) ¿Por qué os volvéis? ¿Adónde vais? Vosotras, ¿por qué torcéis el gesto y negáis con la cabeza? ¿Por qué palidecéis? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Lo haréis o no; qué problema tenéis?

CLEONICA.— No puedo hacerlo: que siga la guerra.

MIRRINA.— Ni yo: que siga la guerra [130].

LISÍSTRATA.— ¿Eso dices tú, lenguado? Hace un momento estabas dispuesta a dejarte abrir en canal.

CLEONICA.— Cualquier otra cosa. Lo que tú quieras. Dispuesta estoy si hace falta a caminar sobre las brasas; eso mejor que lo de la polla, pues no hay nada como ella, Lisístrata querida.

LISÍSTRATA.— ¿Y tú, qué?

MIRRINA.— Yo también lo de las brasas.

LISÍSTRATA.— ¡Ay cómo es de calentón todo el género femenino! Con justicia suministramos temas para tragedias, porque siempre le estamos dando vueltas a lo mismo<sup>[31]</sup>. Pero querida espartana —me basta que tú estés conmigo [140] para salvar aún la empresa— vota tú a mi favor.

LAMPITO.— Penoso es, por los dos dioses, que las mujeres duerman solas sin un buen

cipote al lado, pero sea, que la paz hace mucha falta.

LISÍSTRATA.— Querida, tú eres de todas éstas la única mujer.

CLEONICA.— ¿Y si nos priváramos —que así no sea— lo más posible de eso que dices, por eso sería más esperable que hubiese paz?

LISÍSTRATA.— Mucho más, por las dos diosas. Si estuviéramos sentadas en casa bien acicaladas, con los velos de Amorgos [150] sobre nuestro cuerpo desnudo, con el delta bien depilado, nuestros maridos se empalmarían y desearían follar; y si nosotras no consintiéramos, sino que los rechazáramos, concertarían el armisticio a escape, bien lo sé.

LAMPITO.— Por lo menos Menelao, cuando vio las manzanas de Helena desnudas dejó caer su arma<sup>[32]</sup>, según creo.

CLEONICA.— ¿Y qué pasa si nuestros maridos nos dejan ir?

LISÍSTRATA.— Aplíquese el dicho de Ferécrites: que cada cual se pele su perra pelada<sup>[33]</sup>.

CLEONICA.— Esas simulaciones son sólo estupideces. ¿Y si te cogen y te arrastran [160] a la alcoba por la fuerza?

LISÍSTRATA.— Agárrate a la puerta.

CLEONICA.— ¿Y si te pegan?

LISÍSTRATA.— Forzoso es entonces ceder de la peor gana, pero no hay placer en lo que se hace por la fuerza. Además hay que hacerles daño: y no te preocupes, que enseguida desistirán, pues nunca gozará un hombre si no va de acuerdo con su mujer.

CLEONICA.— Bueno, si a vosotras dos os parece bien, a nosotras también.

LAMPITO.— Nosotras convenceremos a nuestros maridos de que vivan en paz sin dolo ni engaño, ¿pero cómo se podría convencer a las tumultuosas asambleas [170] de los atenienses para que no desbarren?

LISÍSTRATA.— No te preocupes. Convencer a éstos corre de nuestra cuenta.

LAMPITO.— No, mientras marchen las trirremes y el tesoro inagotable esté en el templo de la diosa<sup>[34]</sup>.

LISÍSTRATA.— Eso también está previsto: hoy mismo nos adueñaremos de la Acrópolis. Se han dado órdenes a las más viejas de que lo hagan mientras nosotras organizamos esto: fingiendo que van a hacer un sacrificio tomarán la Acrópolis.

LAMPITO.— Todo irá bien, pues lo que dices es razonable [180].

LISÍSTRATA.— ¿Por qué entonces, Lampito, no nos juramentamos para que nuestro acuerdo no se pueda romper?

LAMPITO.— Expón la fórmula con la que juraremos.

LISÍSTRATA.— Bien dices. ¿Dónde está la escita? ¿Qué miras<sup>[35]</sup>? Pon ahí delante boca arriba el escudo, y dadme alguna de vosotras las vísceras para el sacrificio.

CLEONICA.— Lisístrata, ¿qué juramento nos harás jurar?

LISÍSTRATA.— ¿Cuál? Sobre un escudo, como dicen que hizo Esquilo una vez<sup>[36]</sup>, degollaremos un cordero.

CLEONICA.— No jures nada sobre la paz en un escudo, Lisístrata [190].

LISÍSTRATA.— ¿Cuál sera el juramento entonces? ¿Cogemos en alguna parte un caballo blanco y le sacamos las entrañas<sup>[37]</sup>?

CLEONICA.— ¿Y dónde hay un caballo blanco?

LISÍSTRATA.— ¿Pues cómo juramos?

CLEONICA.— Yo te lo diré si quieres, por Zeus: ponemos en el suelo una copa negra bien grande, boca arriba, y degollando un odre de vino de Tasos juraremos no echarle agua a la copa<sup>[38]</sup>.

LAMPITO.— ¡Oh, no puedo decir cuánto apruebo ese juramento!

LISÍSTRATA.— Traed alguna la copa y el odre.

CLEONICA.— (*Sopesando la copa*) Queridísimas mujeres, vaya pieza [200]. En cuanto se la coge se pone una contenta.

LISÍSTRATA.— Déjala en el suelo y acércame la víctima. ¡Soberana Persuasión, y tú, copa de la amistad, recibe el sacrificio con ánimo favorable hacia las mujeres! (*Da un corte al pellejo, por el que se derrama el vino*)

CLEONICA.— ¡Buen color tiene la sangre, y qué bien sale a borbotones<sup>[39]</sup>!

LAMPITO.— ¡Qué aroma tan dulce, por Cástor!

CLEONICA.— Dejadme que jure la primera, mujeres.

LISÍSTRATA.— Si no te toca, no, por Afrodita. Y ahora poned todas la mano sobre la copa, Lampito, y que una en nombre de todas repita lo que yo digo [210]. Vosotras lo juraréis y lo mantendréis.

«Ningún amante ni marido...»

CLEONICA.— «Ningún amante ni marido...»

LISÍSTRATA.— «... se me acercara con la polla tiesa...» (...) ¡Dilo!

CLEONICA.— «... se me acercara con la polla tiesa...» Ay, se me doblan las rodillas, Lisístrata.

LISÍSTRATA.— «En casa pasaré la vida castamente...»

CLEONICA.— «En casa pasaré la vida castamente...»

LISÍSTRATA.— «... vestida de azafrán y bien arreglada...»

CLEONICA.— «... vestida de azafrán y bien arreglada...» [220]

LISÍSTRATA.— «... de modo que mi marido se caliente al máximo por mí...»

CLEONICA.— «... de modo que mi marido se caliente al máximo por mí...»

LISÍSTRATA.— «Nunca cederé voluntariamente a él...»

CLEONICA.— «Nunca cederé voluntariamente a él...»

LISÍSTRATA.— «... y si me obligara por la fuerza, contra mi voluntad...»

CLEONICA.— «... y si me obligara por la fuerza, contra mi voluntad...»

LISÍSTRATA.— «... me entregaré de mala gana y no me apretaré contra él...»

CLEONICA.— «... me entregaré de mala gana y no me apretaré contra él...»

LISÍSTRATA.— «... no levantaré mis sandalias hasta el techo...»

CLEONICA.— «... no levantaré mis sandalias hasta el techo...» [230]

LISÍSTRATA.— «... ni me pondré como una leona encima de su rayaquesos...»

CLEONICA.— «... ni me pondré como una leona encima de su rayaquesos...»

LISÍSTRATA.— «... Si mantengo todo eso, beberé de aquí...»

CLEONICA.— «... Si mantengo todo eso, beberé de aquí...»

LISÍSTRATA.— «... y si lo incumplo... ¡que la copa se llene de agua!»

CLEONICA.— «... y si lo incumplo... ¡que la copa se llene de agua!»

LISÍSTRATA.— Juradlo también todas vosotras.

TODAS.— ¡Lo juramos, por Zeus!

LISÍSTRATA.— Ea, haré yo la ofrenda. (*Bebe*)

CLEONICA.— Sólo tu parte, amiga, para que al punto nos hagamos amigas todas. (*Se oye un fuerte ruido lejano*)

LAMPITO.— ¿Qué griterío es ése?

LISÍSTRATA.— Eso es lo que te decía antes [240]: las mujeres han tomado ya la Acrópolis de la diosa. Vamos, Lampito, vete y arregla las cosas en tu tierra y déjanos en prenda aquí a éstas (*La beocia y la corintia*). Y nosotras vayamos con las que están en la Acrópolis y ayudémoslas a echar los cerrojos.

CLEONICA.— ¿No crees que todos los hombres acudirán enseguida en auxilio de aquélla contra nosotras?

LISÍSTRATA.— Bien poco me importan. No vendrán con suficiente fuego ni amenazas para abrir las puertas [250], si no es bajo las condiciones que hemos dicho.

CLEONICA.— ¡No, por Afrodita; o sería vano que digan de las mujeres que somos indomables y que estamos apestadas!

(*Se retiran. El decorado representa ahora la entrada de la Acrópolis. A ella se*

*acercan unos viejos que traen unos troncos a la espalda y unas marmitas con fuego encendido)*

CORO DE VIEJOS.— *(Corifeo)* Avanza, Draces, guíanos paso a paso, aunque lleves el hombro hecho polvo por lo mucho que pesa ese tronco de olivo verde que llevas.

CORO

Estrofa

*¡Ay! Muchas cosas inesperadas ocurren en el curso de una larga vida,  
¿pues quién, Estrimodoro, habría esperado oír que las mujeres, esa desgracia evidente que en nuestra casa alimentábamos [260], iban a tener en sus manos la sagrada imagen, se iban a adueñar de mi Acrópolis y con cerrojos y llaves echarían el cierre a los Propileos?*

CORIFEO.— Vayamos de prisa hacia la Acrópolis, Filurgo, y pongamos esta leña en círculo en torno a las que han emprendido este asunto y lo llevan adelante. Hagamos una pira y achicharremos con nuestras propias manos a todas de una sola vez. Y a la mujer de Licón la primera<sup>[40]</sup> [270].

CORO

Antístrofa

*¡No, por Deméter!, mientras yo viva no van a jactarse, que tampoco Cleómenes<sup>[41]</sup>, que la tomó el primero, se marchó de rositas. Con sus humos laconios se largó tras entregarme las armas, llevándose tan sólo una capita de nada, cubierto de mugre y sin afeitarse, tras seis años sin ver el agua [280].*

CORIFEO.— Con tal saña asedié yo a aquel hombre, durmiendo ante las puertas con diecisiete filas de escudos en fondo. ¿Y no voy a ser capaz de poner freno a la audacia de estas enemigas de Eurípides y de los dioses? Que desaparezca antes mi trofeo en la Tetrópolis.

CORO

Estrofa

*Vamos, esto que me queda de camino es ya sólo la cuesta hasta la Acrópolis, a la que me dirijo.*

*Hemos de arrastrar todo esto hasta allí  
sin tener ningún asno [290].  
¡Cómo me destrozan el hombro los dos maderos!  
Pero hay que seguir  
y hay que soplar el fuego,  
no se me apague por descuido al final del camino.  
¡Fu, fu!  
¡Huy, huy, qué humo!*

Antístrofa

*¡Con qué furia, señor Heracles,  
se me echa encima desde la marmita  
y me muerde los ojos como una perra rabiosa!  
Éste es el fuego de Lemnos,  
no cabe ninguna duda [300];  
si no, no me comería de ese modo las legañas.  
¡Adelante, rápido, a la Acrópolis,  
a ayudar a la diosa!  
¿Qué mejor ocasión que ésta para socorrerla, Laques?  
¡Fu, fu!  
¡Huy, huy, qué humo!*

CORIFEO.— Este fuego se ha avivado y se eleva gracias a los dioses. ¿Qué tal si primero dejamos aquí mismo los maderos, metemos un puñado de sarmientos en la marmita y los prendemos fuego y luego nos lanzamos contra la puerta en tropel? Y si ante nuestra llamada las mujeres no descorren los cerrojos [310], menester será prender fuego a las puertas y hostigarlas con el humo. Dejemos ya la carga. (...) ¡Qué barbaridad de humo! ¿No nos ayudaría algún estratego de Samos<sup>[42]</sup> a llevar los maderos? (...) Éstos ya han dejado de partirme el espinazo. Ahora, marmita, te toca a ti avivar la brasa para que ella me proporcione la llama de mi antorcha.

*¡Victoria soberana, ponte a nuestro lado, para que podamos elevar un trofeo por nuestro triunfo sobre la osadía actual de las mujeres de la Acrópolis!  
(Mientras acercan sus teas a las puertas, entra el coro de viejas por el lado opuesto. Traen cántaros llenos de agua)*

CORIFEO.— Me parece, mujeres, que veo vapor y humo, como si ardiera un fuego. Hay que darse prisa [320].

CORO

Estrofa

*¡Vuela, vuela, Nicodice,*

*antes de que ardan Cálice  
y Critila en el fuego que avivan  
los vientos desapacibles  
y los malditos viejos!  
Pero temo llegar en ayuda demasiado tarde,  
pues he llenado mi cántaro a oscuras en la fuente,  
con dificultades por el jaleo de la multitud y el  
entrechocar de las vasijas, empujada por siervas [330]  
y esclavos marcados a fuego. Deprisa  
he cogido el agua, y a mis paisanas  
que se abrasan  
les traigo agua para ayudarlas.*

#### Antístrofa

*Es que he oído que unos viejos  
idiotas se acercaban trayendo  
a la Acrópolis leños de casi tres talentos de peso,  
como si fueran a calentar un baño,  
y profiriendo terribles amenazas:  
que hay que reducir a tizones a las malditas mujeres [340].  
No las vea jamás yo quemadas, diosa, sino defendiendo  
de la guerra y de la estupidez a la Hélide y a los ciudadanos.  
Por eso, penacho de oro,  
dueña de la ciudad, ocupé tu sede  
y te llamo como aliada,  
Tritogenia: si a ellas  
un hombre les mete fuego,  
lleva con nosotras agua.*

CORIFEO.— *(Las mujeres ven a los viejos)* Basta. Vaya, ¿qué es eso? Unos completos canallas [350], porque hombres piadosos y honrados jamás habrían hecho eso.

CORIFEO DE VIEJOS.— Aquí se nos acerca un espectáculo con el que no contábamos: un enjambre enorme de mujeres que acude a proteger las puertas.

CORIFEO DE VIEJAS.— ¿Por qué ese canguelo ante nosotras? ¿Es que os parecemos muchas? Pues no veis más que una parte de los millares que somos.

CORIFEO DE VIEJOS.— Fedrias, ¿vamos a consentirles a éstas tantas estupideces? ¿No habría que romper el leño a fuerza de darles golpes?

CORIFEO DE VIEJAS.— Dejemos nosotras los cántaros en el suelo para que no nos estorben si alguien nos acerca la mano.

CORIFEO DE VIEJOS.— Por Zeus, que si ya les hubieran dado dos o tres hostias [360] en

los morros como a Búpalo<sup>[43]</sup>, no les quedarían ya ganas de hablar.

CORIFEO DE VIEJAS.— Ea, que me peguen, que yo me dejaré y me quedare quieta; ¡pero ya ninguna perra podrá agarrarte jamás de los cojones!

CORIFEO DE VIEJOS.— Si no te callas, a golpes te dejaré el pellejo hecho unos zorros.

CORIFEO DE VIEJAS.— Anda, toca tan sólo a Estratilis, acércale un dedo.

CORIFEO DE VIEJOS.— ¿Y si te hago polvo a puñetazos, qué? ¿Qué cosa tan terrible me harás?

CORIFEO DE VIEJAS.— A bocados te arrancaré los pulmones y las tripas.

CORIFEO DE VIEJOS.— No hay poeta más sabio que Eurípides, pues no hay ninguna criatura tan odiosa como las mujeres.

CORIFEO DE VIEJAS.— Levantemos del suelo los cántaros de agua, Rodipa [370].

CORIFEO DE VIEJOS.— ¿Por qué, enemiga de los dioses, has venido hasta aquí con agua?

CORIFEO DE VIEJAS.— ¿Y por qué tú con fuego, sepulcro? ¿Para prenderte fuego?

CORIFEO DE VIEJOS.— Yo, para amontonar una pira y prenderles fuego a tus amigas.

CORIFEO DE VIEJAS.— Y yo, para apagar tu pira con esto.

CORIFEO DE VIEJOS.— ¿Que tú vas a apagar mi fuego?

CORIFEO DE VIEJAS.— Los hechos te lo demostrarán enseguida.

CORIFEO DE VIEJOS.— No sé si achicharrarte con esta antorcha...

CORIFEO DE VIEJAS.— Si tienes roña, te daré para que te bañes.

CORIFEO DE VIEJOS.— ¿Tú bañarme a mí, sarnosa?

CORIFEO DE VIEJAS.— Sí, con un baño nupcial.

CORIFEO DE VIEJOS.— (*A uno de las suyos*) ¿Oyes tú la insolencia de ésta?

CORIFEO DE VIEJAS.— Soy una mujer libre.

CORIFEO DE VIEJOS.— Voy a terminar yo con tus voces.

CORIFEO DE VIEJAS.— No estamos en el tribunal [380]<sup>[44]</sup>.

CORIFEO DE VIEJOS.— (*A su antorcha*) ¡Quémale el pelo!

CORIFEO DE VIEJAS.— (*A su cántaro*) ¡Ahora tú, río Aqueloo!

CORIFEO DE VIEJOS.— ¡Mísero de mí!

CORIFEO DE VIEJAS.— ¿Acaso estaba caliente?

CORIFEO DE VIEJOS.— ¿Cómo caliente? (*Las mujeres vuelven a echarles agua*) ¡No sigas! ¿Qué haces?

CORIFEO DE VIEJAS.— Te riego para que reverdezcas.

CORIFEO DE VIEJOS.— Yo ya estoy seco, y tiritito.

CORIFEO DE VIEJAS.— Pues como tienes fuego, podrás calentarte tú solito.

*(Viene un Consejero acompañado por cuatro arqueros escitas)*

CONSEJERO.— ¿Se ha desvelado ya el libertinaje de las mujeres, con su ruido de tambores, sus constantes llamadas a Sabacio<sup>[45]</sup> y esas fiestas tuyas de Adonis que celebran subidas a los tejados y que oía yo en cierta ocasión, cuando estaba en la Asamblea? [390] El inoportuno de Demóstrato proponía hacerse a la vela hacia Sicilia, y su mujer, bailando, decía «¡Ay, Adonis!». Demóstrato decía que había que reclutar hoplitas de Zacinto, y su mujer, achispada y subida encima del techo, «lamentaos por Adonis» decía. Y él se ponía pesado, ese enemigo de los dioses, el maldito Malalechóstrato<sup>[46]</sup>. Esto es el resultado de tal desenfreno.

CORIFEO DE VIEJOS.— Pues si te enteraras de la insolencia de estas otras... Aparte de otras vejaciones, nos han dado un baño con sus cántaros [400], así que podemos escurrir nuestros mantos como si nos hubiésemos meado encima.

CONSEJERO.— Por Posidón el marino, os lo tenéis bien merecido: somos nosotros mismos los cómplices de las fechorías de las mujeres y los que las enseñamos a ser disolutas, y a partir de ahí germinan en ellas las ideas. Nosotros decimos en el taller de un artesano cosas como ésta: «Joyero, de aquel collar que le hiciste a mi mujer, ayer noche, mientras bailaba, se le salió la clavija del orificio [410]; yo tengo que ir a Salamina, así que tú, si tienes tiempo, no dejes de pasarte por casa esta noche y métele la clavija». Y otro le dice cosas como éstas al zapatero, un chico joven y con una polla que no es la de un niño: «Zapatero, al dedito del pie de mi mujer, con lo delicado que es, le aprieta la trabilla; llégate tú hoy a media tarde y aflójasela, para que ella se ensanche». Cosas así son las que vienen a dar estos resultados [420]: que un consejero como yo, tras imponer su opinión de que hacen falta remeros y necesitando dinero para ello, ve cortado el paso hacia las puertas por unas mujeres. Pero no es cuestión de quedarse quietos. *(A uno de los arqueros)* Vamos, las palancas, que voy a terminar yo con la insolencia de éstas. ¿Por qué abres la boca, desgraciado? ¿Adónde miras, que no tienes ojos más que para la taberna? Poned las palancas bajo las puertas y haced saltar los cerrojos; *(Se retira un paso atrás)* yo os ayudo a hacerlos saltar desde aquí. *(Atraídas por el jaleo salen Lisístrata y algunas mujeres)*

LISÍSTRATA.— No hay que hacer saltar nada [430], ya salgo yo por mi cuenta. ¿Qué necesidad hay de palancas? No hacen falta tanto palancas como cordura y buen juicio.

CONSEJERO.— ¿De verdad, maldita? ¿Dónde está el arquero? Agárrala y átale las manos a la espalda.

LISÍSTRATA.— Por Ártemis, que si me acerca la punta de la mano llorará por muy servidor público que sea. *(El arquero retrocede)*

CONSEJERO.— ¿Te ha dado miedo? Vamos, cógela por en medio; y tú ayúdala y atadla enseguida.

CLEONICA.— Por Pándroso<sup>[47]</sup>, que si le pones a ésta la mano encima, te vas a cagar de las patadas [440].

CONSEJERO.— Ya ves: te vas a cagar. ¿Dónde está el otro arquero? Ata primero a ésta, la que tanto habla.

MIRRINA.— Por la Luminosa<sup>[48]</sup>, que si le acercas la punta de la mano vas a pedir árnica enseguida. *(El arquero se retira)*

CONSEJERO.— ¿Pero esto qué es; dónde está el arquero? Agarra a ésta. Voy a acabar yo con esas salidas vuestras.

LISÍSTRATA.— Por la Pastora de Toros<sup>[49]</sup>, que si te le acercas te voy a hacer gemir, arrancándote los cabellos a puñados.

CONSEJERO.— Desdichado de mí, me quedé sin arquero. Pero jamás debemos consentir ser derrotados por mujeres [450]. Vamos, escitas, en orden de combate, marchemos todos a una contra ellas. *(Mientras los arqueros se organizan y avanzan, el consejero va quedándose disimuladamente atrás)*

LISÍSTRATA.— Vais a saber, por las dos diosas, que tenemos dentro cuatro batallones de mujeres belicosas con armadura completa.

CONSEJERO.— Ponedles las manos a la espalda, escitas.

LISÍSTRATA.— ¡Mujeres aliadas nuestras, salid de dentro: hortelanas, pasteleras, fruteras, verduleras, panaderas, pastoras... Arrastradlos, golpeadlos, moledlos a palos, insultadlos sin miramientos! [460] *(Se produce un breve combate)* ¡Basta, retiraos, no cojáis trofeos!

CONSEJERO.— ¡Ay, qué cobardemente se me han portado los arqueros!

LISÍSTRATA.— ¿Pues qué te creías? ¿Suponías acaso que venías contra esclavas o es que no sabes que las mujeres tienen arrestos?

CONSEJERO.— Claro que sí, por Apolo: cantidad; sobre todo si hay cerca una taberna.

CORIFEO DE VIEJOS.— Consejero de esta ciudad, muchas palabras gastas en vano. ¿Por qué entablas conversación con esas fieras? ¿No sabes el baño que nos han dado éstas hace un momento, con los mantos puestos y sin jabón? [470]

CORIFEO DE VIEJAS.— Pero, infeliz, no se puede acercar la mano al prójimo alegremente, y si lo haces, por fuerza sacarás un ojo morado. Yo quiero estar sentada muy discretamente, como una doncella, sin incordiar a nadie ni mover una paja, a no ser que alguien me irrite como a una avispa a la que tocan la miel.

CORO DE VIEJOS

Estrofa

*Oh Zeus, ¿qué vamos a hacer con estas bestias?  
Esto no puede aguantarse; hemos de investigar  
tú y yo lo que pasa;  
con qué intenciones se adueñaron [480]  
del castillo de Cránao, donde está  
la roca enorme, la Acrópolis inaccesible,  
el sagrado recinto.*

CORIFEO.— *(Al Consejero)* Pregunta, no te dejes convencer y acude a toda clase de pruebas, porque es vergonzoso que dejemos pasar semejante asunto sin comprobarlo.

CONSEJERO.— *(A las mujeres)* Pues bien: lo primero que quiero saber de vosotras, por Zeus, es con qué propósito clausurasteis nuestra Acrópolis con cerrojos.

LISÍSTRATA.— Para guardar a salvo el dinero y evitar que guerrearais por su culpa.

CONSEJERO.— Es, pues, del dinero la culpa de que estemos en guerra.

LISÍSTRATA.— Todo se perturba por su culpa. Es para poder robar para lo que Pisandro<sup>[50]</sup> y los que están en el poder [490] siempre andan promoviendo resueltas. Pues bien, respecto a eso que hagan lo que quieran, pero a este dinero no van a ponerle ya la mano encima.

CONSEJERO.— ¿Pues qué harás?

LISÍSTRATA.— ¿Y tú me lo preguntas? Nosotras lo administraremos.

CONSEJERO.— ¿Vosotras administraréis el dinero?

LISÍSTRATA.— ¿Por qué te extrañas? ¿No somos nosotras las que os lo administramos todo en casa?

CONSEJERO.— No es lo mismo.

LISÍSTRATA.— ¿Cómo que no?

CONSEJERO.— Con este dinero hay que hacer la guerra.

LISÍSTRATA.— Lo primero es que no hay ninguna necesidad de guerras.

CONSEJERO.— ¿Y cómo nos salvaremos si no?

LISÍSTRATA.— Nosotras os salvaremos.

CONSEJERO.— ¿Vosotras?

LISÍSTRATA.— Nosotras, sí.

CONSEJERO.— Esto es demasiado.

LISÍSTRATA.— Se te salvará, aunque tú no quieras.

CONSEJERO.— Es extraordinario eso que dices.

LISÍSTRATA.— Eso te molesta, pero se hará de todos modos.

CONSEJERO.— No tenéis derecho, por Deméter [500].

LISÍSTRATA.— Hay que salvarte, amigo.

CONSEJERO.— ¿Aunque yo no lo pida?

LISÍSTRATA.— Por eso especialmente.

CONSEJERO.— ¿Y de dónde os viene esa preocupación por el dinero y la paz?

LISÍSTRATA.— Te lo explicaremos.

CONSEJERO.— Habla enseguida, si no quieres llorar.

LISÍSTRATA.— Escucha pues y trata de contener tus manos.

CONSEJERO.— No puedo: se me hace difícil sujetarlas del cabreo que tengo.

CLEONICA.— Mucho más llorarás entonces.

CONSEJERO.— Grazna para ti sola, vieja. Y tú, habla.

LISÍSTRATA.— Lo haré. Durante los primeros tiempos de esta guerra, nosotras con nuestra natural discreción —no nos dejabais ni rechistar— hemos aguantado todo cuanto hacíais los hombres, aunque no nos gustaba nada. Pero comprendíamos bien lo que hacíais, y muchas veces en casa [510] nos enterábamos de que habíais tomado decisiones equivocadas sobre asuntos de importancia. Y entonces, aunque afligidas en el fondo, os preguntábamos sonriendo: «¿Qué decreto referente a treguas de paz habéis hecho inscribir en las estelas en la asamblea de hoy?» «¿Y a ti qué?», decían nuestros maridos, «cállate». Y yo me callaba.

CLEONICA.— Pues yo no me callaba nunca.

CONSEJERO.— Pues vas a gemir si no te callas ahora.

LISÍSTRATA.— Así pues, yo me callaba. Y nos enterábamos de vuestras sucesivas decisiones, cada una más equivocada que la anterior, y entonces decíamos: «¿Cómo actuáis tan estúpidamente, marido?». Y él al instante me miraba de soslayo y me decía que si no seguía cosiendo lo iba a sentir largo rato en mi cabeza: «De la guerra se ocuparán los hombres<sup>[51]</sup>» [520].

CONSEJERO.— Bien decía aquél, por Zeus.

LISÍSTRATA.— ¿Cómo que bien, desdichado, si no podíamos ni aconsejaros cuando decidíais mal? Pero cuando os hemos oído ya decir abiertamente en la calle: «No hay hombres en este país», a lo que respondía otro «claro que no, por Zeus», hemos decidido unirnos todas las mujeres y salvar juntas a la Hélade, ¿pues de qué servía seguir esperando? Así pues, si vosotros queréis devolvernos a nosotras que decimos cosas útiles la misma atención y el silencio que manteníamos nosotras, aún conseguiremos enderezaros.

CONSEJERO.— ¿Nosotras a nosotros? Es extraordinario eso que dices e insoportable para mí.

LISÍSTRATA.— ¡Cállate!

CONSEJERO.— ¿Callarme yo, maldita, ante ti que llevas velo [530] en torno a la cabeza? Antes morir.

LISÍSTRATA.— Si el velo te resulta un problema, toma, cógelo y pónelo tú en torno a tu cabeza, y luego cállate.

CLEONICA.— Y esta canastilla; y en el futuro a vivir tejiendo y masticando habas, «de la guerra se ocuparán las mujeres».

CORIFEO DE VIEJAS.— Alejaos de los cántaros, mujeres, para que también nosotras ayudemos en lo que podamos a nuestras amigas [540].

CORO DE VIEJAS

Antístrofa

*Nunca me cansaría de bailar,  
mis rodillas no serían presa de la pesada fatiga.  
Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa  
en compañía de éstas por sus cualidades,  
pues tienen prestancia, gracia, valor,  
sabiduría, patriotismo  
y sensatez.*

CORIFEO DE VIEJAS.— Vamos tú, la más machota de las ortigas madres y abuelas, adelante con ardor, no ablandaros: aún corréis con el viento a la espalda [550].

LISÍSTRATA.— Si Eros de dulce ánimo y Afrodita nacida en Chipre insuflan el deseo en nuestro pecho y en nuestros muslos y producen en nuestros maridos un agradable cosquilleo y una buena erección, creo que llegará el día en que los helenos nos llamen acabaguerras.

CONSEJERO.— ¿Por hacer qué?

LISÍSTRATA.— Sobre todo si terminamos con eso de que vayan al ágora hechos unos memos con su armadura completa.

CLEONICA.— Sí, por Afrodita la de Pafos.

LISÍSTRATA.— Es que ahora se pasean por las cacharrerías y por las verdulerías con sus armas como coribantes.

CONSEJERO.— Por Zeus, como cuadra a los valientes.

LISÍSTRATA.— Y la cosa resulta ridícula cuando uno que lleva un escudo con una Gorgona compra pescado [560].

CLEONICA.— Por Zeus, que yo vi a un filarco<sup>[52]</sup> melencudo a caballo, metiendo en su casco de bronce el puré que le había vendido una vieja; y otro, un tracio, que agitando el escudo ligero y la lanza, hecho un Tereo<sup>[53]</sup>, asustaba a la vendedora

de higos y se tragaba las aceitunas negras a puñados.

CONSEJERO.— ¿Y cómo vais vosotras a poder acabar con tantas cosas revueltas como hay en el país y desenredarlas?

LISÍSTRATA.— Muy fácilmente.

CONSEJERO.— ¿Cómo? Dilo.

LISÍSTRATA.— Como con una madeja: cuando se nos enreda, la cogemos así y la separamos con nuestros husos, uno por aquí, otro por allí; del mismo modo vamos a desenredar nosotras esta guerra, si se nos deja, separando a los dos bandos mediante embajadas, una hacia allí, otra hacia aquí [570].

CONSEJERO.— ¿Con la lana, las madejas y los husos como modelo creéis que podréis acabar con asuntos tan graves? Estáis locas.

LISÍSTRATA.— También vosotros si tuvierais cabeza haríais toda vuestra política tomando el manejo de la lana como modelo.

CONSEJERO.— ¿Cómo es eso, vamos a ver?

LISÍSTRATA.— Ante todo, como se hace con los vellones, habría que desprender de la ciudad en un baño de agua toda la porquería que tiene agarrada, quitar los nudos y eliminar a los malvados, vareándolos sobre un lecho de tablas, y a los que aún se quedan pegados y se apretujan para conseguir cargos arrancarlos con el cardador y cortarles la cabeza; cardar después en un canastillo la buena voluntad común, mezclando a todos los que la tienen sin excluir a los metecos y extranjeros que nos quieren bien [580] y mezclar también allí a los que tienen deudas con el tesoro público y además, por Zeus, todas las ciudades que cuentan con colonos salidos de esta tierra, comprendiendo que todas ellas son para nosotros como mechones de lana esparcidos por el suelo cada cual por su lado. Y luego, cogiendo de todos ellos un hilo, reunirlos y juntarlos aquí y hacer con ellos un ovillo enorme y tejer de él un manto para el pueblo.

CONSEJERO.— Ya tiene narices que ovillen y vareen esto las que no participan en absoluto de la guerra.

LISÍSTRATA.— Pues bien, grandísimo canalla, soportamos más del doble de su peso que vosotros. Ante todo pariendo hijos y dejándolos ir lejos a servir como hoplitas.

CONSEJERO.— Calla, no recuerdes desgracias [590].

LISÍSTRATA.— Luego, cuando habría que pasárselo bien y disfrutar de la juventud tenemos que dormir solas por culpa de las campañas. Y por lo que a mi respecta, pase: pero me aflijo por las muchachas que envejecen en su tálamo.

CONSEJERO.— ¿Es que los hombres no envejecen?

LISÍSTRATA.— Sí, por Zeus, pero no es lo mismo. El hombre llega, y aunque esté lleno

de canas no tarda en encontrar una chica joven para casarse; pero la ocasión de la mujer es breve, y si no la aprovecha, nadie quiere casarse con ella, y ella se queda a verlas venir.

CONSEJERO.— Es que al que aún se le pone tiesa...

LISÍSTRATA.— ¿Y tú por qué no te mueres? Sitio hay, cómprate el ataúd [600]: yo te amasaré la torta de miel; toma esta corona y pónstela.

CLEONICA.— Y estas cintas de mi parte.

MIRRINA.— Y esta otra corona.

LISÍSTRATA.— ¿Qué te falta? ¿Qué quieres? Corre a la barca; Caronte te llama, estás retrasando su salida.

CONSEJERO.— ¿No es terrible que tenga yo que pasar por esto? Mas, por Zeus, me voy directamente con los miembros del Consejo y les mostraré cómo estoy [610].

LISÍSTRATA.— ¿Vas a denunciarnos por no exponer tu cadáver? Pasados dos días tendrás bien tempranito nuestras ofrendas del tercer día bien preparadas.

CORIFEO DE VIEJOS

Estrofa

*No es cuestión ya de que duerma ningún hombre libre,  
preparémonos, compañeros, para la faena.*

CORO.— *Esto apunta ya a asuntos más graves  
y más importantes, me parece a mí:*

*me viene un fuerte olor a la tiranía de Hippias.*

*Mucho me temo que algunos espartanos [620]*

*que han venido aquí a reunirse con Clístenes*

*hayan incitado con engaños a esas mujeres enemigas de los dioses*

*a apoderarse del tesoro público*

*y del salario del que yo vivía<sup>[54]</sup>.*

CORIFEO DE VIEJOS Porque es intolerable que éstas reprendan ya a los ciudadanos y que, mujeres como son, anden dándole al pico respecto a escudos de bronce e intenten reconciliarnos con los hombres de Esparta, en quienes puede confiarse tanto como en un lobo con las fauces abiertas. Esto nos lo han tramado, compañeros, con las miras puestas en la tiranía [630]. Pero a mí no me la impondrán, porque estaré alerta y en lo sucesivo llevaré mi espada en una rama de mirto<sup>[55]</sup> y en armas estaré en el ágora al lado de Aristogitón y me plantaré junto a él de este modo (*Compone el gesto de la estatua en cuestión, el Aristogitón del famoso grupo de Los tiranicidas, adelantando el puño*), pues se me presenta la ocasión de atizarle en los morros a esta vieja, enemiga de los dioses.

CORIFEO DE VIEJAS

## Antístrofa

*Ni tu madre te reconocerá cuando vuelvas a casa;  
ea, queridas viejas, al suelo todo esto lo primero.*

CORO.— *Nosotras, ciudadanos, vamos a iniciar  
un discurso útil para la ciudad.*

*Y es lógico, pues ella me crió con lujo y esplendor [640].  
Nada más cumplir siete años fui arréforo;  
a los diez molía el grano para nuestra patrona  
y después, con el vestido de azafrán fui osa en Braurón.  
Finalmente, hecha una guapa moza fui canéforo  
y llevaba al cuello un collar de higos secos<sup>[56]</sup>.*

CORIFEO DE VIEJAS.— ¿No estoy, pues, obligada a aconsejar algo útil para la ciudad?  
Y si nací mujer no me lo echéis en cara si doy consejos más adecuados a la  
situación presente [650]. Yo pago mi cuota proporcionando hombres y en cambio  
vosotros, tristes viejos, no la pagáis, porque del fondo que llamamos «de los  
abuelos», que procede de las Guerras Médicas, habéis gastado hasta el último  
céntimo sin meter a cambio ningún ingreso, y corremos el riesgo de arruinarnos  
por vuestra culpa. ¿Qué, podéis aún farfullar algo? Pues si me molestas, por poco  
que sea, te voy a dar una patada en los morros con este coturno que no es nada  
blando.

## CORO DE VIEJOS

### Estrofa

*¿No es ya demasiada insolencia  
este asunto? Y la cosa  
irá a más, creo yo [660].  
Pero ha de oponerse a ello todo hombre que tenga cojones;  
ea, quitémonos las túnicas<sup>[57]</sup>, pues es preciso que las hombres  
huelan directamente a hombres y dejarse de envoltorios.  
Adelante, con el pie desnudo, los que  
nos echamos al monte<sup>[58]</sup> cuando aún éramos alguien;  
ahora, ahora es cuando hay que rejuvenecer y echar alas  
en todo nuestro cuerpo y sacudirse esta vejez [670].*

CORIFEO DE VIEJOS.— Porque si alguien les ofrece un punto de presa, por pequeño que  
sea, no hay nada que no toquen con sus manos pringosas: harán armar naves e  
intentarán navegar y combatir por mar contra nosotros, como Artemisia<sup>[59]</sup>. Y si  
ponen sus miras en la equitación, adiós nuestros caballeros, pues la mujer es el ser  
más apto para montar a caballo; y no se desliza aunque se corra: mira las  
Amazonas que pintó Micón, combatiendo a caballo con los hombres. Así que

habría que coger a éstas hechas un único cuello [680] y encerrarlas a todas juntas en el cepo.

CORO DE VIEJAS

Antístrofa

*Por las dos diosas, que si me calientas  
soltaré la fiera que yo llevo  
dentro de mí y haré que llames hoy  
a gritos a tus paisanos, del repaso que te voy a dar.  
Ea, mujeres, desnudémonos también nosotras  
para oler a mujeres cabreadas y prestas a morder.  
Y ahora que se me acerque alguien, si ya nunca  
quiere comer ajos ni habas negras [690].  
Con sólo que digas algo que me moleste —tanta es mi cólera—  
haré contigo como el escarabajo con los huevos del águila<sup>[60]</sup>.*

CORIFEO DE VIEJAS.— No me das ningún cuidado, mientras a mi lado vivan Lampito y la noble niña amada de Tebas, Ismenia<sup>[61]</sup>, pues nada podrás contra mí ni aunque promulgues siete decretos, desgraciado, que te has ganado el odio de todos tus vecinos; que ayer mismo ofrecía yo una fiesta en honor de Hécate [700] e invité a la vecina, a la amiga de mis hijas, una niña de Beocia bien buena y encantadora, una anguila, y sus padres dijeron que no me la enviaban por culpa de tus decretos. Y no habrá manera de que terminéis con esos dichosos decretos hasta que alguien os coja por una pierna, os tire y os parta el cuello. (*A Lisístrata que sale. Parodiando versos de Eurípides*)

*Soberana de esta empresa y de este plan,  
¿por qué con sombrío semblante abandonas tu morada?*

LISÍSTRATA.— *El modo de ser femenino y las acciones de unas malas mujeres me tienen dando vueltas arriba y abajo presa del desánimo.*

CORIFEO DE VIEJAS.— *¿Qué dices, qué dices?*

LISÍSTRATA.— *La verdad, la verdad [710].*

CORIFEO DE VIEJAS.— *¿Qué ocurre de malo? Díselo a tus amigas.*

LISÍSTRATA.— *Vergonzoso es hablar e insoportable callar*

CORIFEO DE VIEJAS.— *No me ocultes lo que nos pasa de malo.*

LISÍSTRATA.— *¡Queremos follar, por decirlo brevemente!*

CORIFEO DE VIEJAS.— *¡Oh Zeus!*

LISÍSTRATA.— *¿Por qué clamas a Zeus? La cosa está así y punto. Yo ya no soy capaz de retenerlas lejos de sus maridos: se me escapan. A una la pillé hace un momento ensanchando la abertura [720] que hay por el lado de la gruta de Pan; a otra,*

descolgándose con ayuda de una garrucha; a otra, pasándose al enemigo y a otra la agarré por los pelos ayer, cuando se disponía a bajar al burdel de Orsíloco, volando sobre un gorrión<sup>[62]</sup>. Echan mano de toda clase de excusas para ir a su casa. ¡Vaya, ahí va una de ellas! ¿Eh tú, adónde vas?

MUJER 1.— Quiero ir a casa; allí tengo una lana de Mileto que se la están comiendo los gusanos [730].

LISÍSTRATA.— ¿Qué gusanos? Vuelve aquí.

MUJER 1.— Pero si vuelvo enseguida, por las dos diosas: en cuanto la tienda sobre el lecho.

LISÍSTRATA.— Déjate de tender nada. Tú no te vas de ninguna manera.

MUJER 1.— ¿Y dejaré que se me estropee la lana?

LISÍSTRATA.— Si hace falta, sí.

MUJER 2.— ¡Desdichada, desdichada de mí, que me he dejado en casa un calabacín sin pelar<sup>[63]</sup>!

LISÍSTRATA.— Otra que sale a ocuparse de su calabacín. Vuelve otra vez aquí.

MUJER 2.— Pero por la Luminosa, no voy más que a pelarlo un poco y vuelvo.

LISÍSTRATA.— Nada de pelarlo, porque si tú empiezas con eso [740] habrá otra mujer que quiera hacer lo mismo.

MUJER 3.— ¡Señora Ilitía, retén el parto mientras me encuentro en lugar sagrado<sup>[64]</sup>!

LISÍSTRATA.— ¿Qué bobadas dices?

MUJER 3.— Estoy a punto de parir.

LISÍSTRATA.— ¡Pero si ayer no estabas preñada!

MUJER 3.— Pues hoy sí. Mándame a casa con la partera, Lisístrata, sin perder un momento.

LISÍSTRATA.— ¿Qué dices? ¿Qué es eso duro que llevas?

MUJER 3.— Un varón.

LISÍSTRATA.— ¡Qué va, por Afrodita, lo que me parece que llevas es algo hueco de bronce! Voy a verlo [750]. ¡Qué irrisión; llevabas este casco de la diosa y pretendías estar embarazada!

MUJER 3.— Y lo estoy, por Zeus.

LISÍSTRATA.— ¿Y para qué llevabas eso?

MUJER 3.— Por si el parto me pillaba aún en la Acrópolis; para parir me habría metido en el casco como hacen las palomas.

LISÍSTRATA.— ¿Qué dices? Pretextos. El asunto está claro. Espera aquí a que celebremos el bautizo del casco<sup>[65]</sup>.

MUJER 3.— No, pues ni siquiera puedo dormir en la Acrópolis desde que vi la serpiente que la guarda.

MUJER 4.— Y yo, desgraciada de mí, me muero de sueño [760] por culpa de las lechuzas que no paran de hacer *kikkabáu*.

LISÍSTRATA.— Dejaos de cuentos, buenas piezas. Añoráis a vuestros maridos, simplemente. Nosotras también, ¿qué os creéis? Bien sé yo qué penosas son las noches; pero resistid, amigas, tened paciencia aún durante algún tiempo, que un oráculo dice que venceremos si permanecemos unidas. Aquí lo tengo.

MUJER 3.— Dinos qué dice.

LISÍSTRATA.— Callad pues:

*Cuando las golondrinas vuelen hacia un mismo lugar [770]  
huyendo de las abubillas y se abstengan de follar,  
se terminarán los males, y arriba pondrá lo de debajo  
Zeus, que desde lo alto brama...*

MUJER 3.— ¿O sea, que nosotras nos tumbaremos encima?

LISÍSTRATA.— *Mas si se separan y con sus alas remontan el vuelo  
esas golondrinas desde el templo sagrado, no dudará nadie  
que no existe pájaro más amigo de la jodienda que ellas.*

MUJER 3.— ¡El oráculo es claro, por Zeus, oh dioses todos!

LISÍSTRATA.— No cejemos, pues, en nuestro empeño. Sigamos adelante, porque sería vergonzoso, queridas amigas, que traicionásemos el oráculo [780].

CORO DE VIEJOS

Estrofa

*Quiero contaros un cuento  
que escuché siendo aún un niño.  
Esto era un jovencito, un tal Melanión<sup>[66]</sup>, que huyendo  
del matrimonio de eremita se marchó,  
y vivía en las montañas  
y allí cazaba las liebres  
con las redes que él tejía [790],  
y por odio jamás regresó a su casa:  
tanto abominó aquél de las mujeres. Y nosotros  
lo mismo que Melanión, si no estamos locos.*

UN VIEJO.— Quiero darte un beso, vieja...

UN VIEJO.— Llorarás sin oler la cebolla.

VIEJO.— ... y levantar la pierna y sacudirte.

VIEJA.— *Mucha mata llevas* [800].

VIEJO.— *También Mirónides*<sup>[67]</sup> *era velludo por esta parte, un culonegro presto a saltar sobre el enemigo, y lo mismo Formión*<sup>[68]</sup>.

CORO DE VIEJAS

Anástrofe

*También yo quiero contar un cuento en respuesta al de Melanión. Esto era un tal Timón*<sup>[69]</sup>, *no tenía casa fija, con la cara rodeada de pinchos, un retoño de las Furias* [810].  
*Pues bien, ese Timón se largó por odio, tras mucho maldecir a los canallas de los hombres; en cambio sentía un gran cariño por las mujeres* [820].

VIEJA.— *¿Quieres que te dé un puñetazo?*

VIEJO.— *De eso nada, me da miedo.*

VIEJA.— *¿Y si te doy con la pierna?*

VIEJO.— *Se te verá el metehombres.*

VIEJA.— *Y pese a todo no lo verías, aunque soy vieja, peludo, sino bien depilado con el candil.*

LISÍSTRATA.— *¡Eh, eh, mujeres, venid deprisa junto a mí!*

CORIFEO DE VIEJAS.— *¿Qué pasa, dime; a qué esas voces?* [830]

LISÍSTRATA.— *Un hombre, veo un hombre que se acerca dando tumbos, víctima del delirio de Afrodita. ¡Oh soberana que cuidas de Chipre, de Pafos y del Citerón, no abandones el camino que llevas!*

CORIFEO DE VIEJAS.— *¿Dónde está él, sea quien sea?*

LISÍSTRATA.— *Junto al templo de Cloe*<sup>[70]</sup>.

CORIFEO DE VIEJAS.— *¡Oh, ahí está, por Zeus! ¿Y quién es?*

LISÍSTRATA.— *Miradlo, ¿lo conoce alguien?*

MIRRINA.— *¡Por Zeus, yo. Es mi marido Cinesias!*

LISÍSTRATA.— *En ese caso es tarea tuya ponerle al horno y darle la vuelta, engatusarle, quererle y no quererle* [840] *y consentirle todo salvo lo que oyó la copa.*

MIRRINA.— Descuida, lo haré.

LISÍSTRATA.— Y yo me quedaré contigo y te ayudaré a engatusarlo. Lo coceremos a fuego lento. Vamos, marchaos.

*(Se van todas y queda sola Lisístrata; un hombre, en evidente estado de erección, se acerca. Le acompañan un esclavo y un niño)*

CINESIAS.— ¡Ay, pobre de mí, qué convulsiones y qué temblor, como si estuviera atado a la rueda del tormento!

LISÍSTRATA.— ¿Quién es ése que está ahí plantado dentro del puesto de guardia?

CINESIAS.— Yo.

LISÍSTRATA.— ¿Un hombre?

CINESIAS.— *(Señalando lo evidente)* Un hombre, eso es.

LISÍSTRATA.— Márchate de aquí.

CINESIAS.— ¿Y tú que me echas quién eres?

LISÍSTRATA.— La centinela de día.

CINESIAS.— Llámame ahora a Mirrina, te lo pido por los dioses [850].

LISÍSTRATA.— Ya ves: que te llame yo a Mirrina. ¿Y tú quién eres?

CINESIAS.— Soy su marido: Cinesias de la tribu Peónide.

LISÍSTRATA.— ¡Ah, hola entonces, amigo! Famoso es tu nombre entre nosotras y de todas conocido. Tu mujer te tiene siempre en la boca y si coge un huevo o una manzana dice: «¡ojalá fuera para Cinesias!».

CINESIAS.— *(Derritiéndose)* ¡Oh, por los dioses!

LISÍSTRATA.— Así es, por Afrodita; y si alguna vez se habla de hombres, de inmediato tu mujer afirma que lo demás no es nada, comparado con Cinesias [860].

CINESIAS.— Vamos, llámala ahora.

LISÍSTRATA.— Bien, ¿y qué me darás?

CINESIAS.— *(Con un gesto obsceno)* Esto, por Zeus, si tú lo quieres: es lo que tengo, y lo que tengo te doy.

LISÍSTRATA.— Ea, voy a llamarla ahora para que baje.

CINESIAS.— Y bien deprisa, que ningún gusto tengo ya por la vida desde que ella se marchó de casa; pena me da entrar en ella y me parece que todo está vacío y no encuentro ningún placer en la comida: y es que estoy empalmado.

MIRRINA.— *(Todavía entre bastidores, a Lisístrata)* Le amo, yo le amo, pero él no quiere [870] que yo le ame; no me llames a su lado. *(Asoma por la muralla)*

CINESIAS.— ¡Oh dulcísima Mirrinita, por qué haces eso! ¡Baja aquí!

MIRRINA.— ¿Yo ahí? No, por Zeus.

CINESIAS.— ¿No vas a bajar, siendo yo el que te llama Mirrina?

MIRRINA.— Es que me llamas sin necesitarme para nada.

CINESIAS.— ¿Que no te necesito? ¡Pero si estoy hecho polvo!

MIRRINA.— Me voy.

CINESIAS.— ¡Oh, no! Por lo menos escucha a tu hijo. Tú, niño, ¿por qué no llamas a mamuchi?

NIÑO.— ¡Mamuchi, mamuchi, mamuchi!

CINESIAS.— ¿Y a ti qué te sucede? ¿No te da lástima de este niño [880], sin lavar y sin mamar desde hace seis días?

MIRRINA.— Claro que me la da, pero tiene un padre que no se ocupa de nada.

CINESIAS.— Anda, mujer, baja aquí con el niño.

MIRRINA.— ¡Qué cosa es tener hijos! Habrá que bajar. ¿Qué hacer si no?

CINESIAS.— (*Para sí, mirándola mientras se acerca*) Me parece que se ha vuelto mucho más joven y que su rostro es mucho más atractivo, y el enfado y el desdén que hacia mí muestra es precisamente lo que más hace que me consuma de deseo por ella.

MIRRINA.— (*Al niño, desentendiéndose ostensiblemente de Cinesias*) ¡Cariñito de mamá, chiquitín hijo de una calamidad de padre, ven que te dé un beso, caprichito de mamuchi! [890]

CINESIAS.— ¿Por qué, malvada, actúas así, haciendo caso de otras mujeres? (*Meloso*) A mí me haces padecer y tú misma sufres...

MIRRINA.— ¡No me acerques la mano!

CINESIAS.— (*Cambiando de táctica*) Estás dejando que se echen a perder tus cosas y las mías.

MIRRINA.— Bien poco me importan.

CINESIAS.— ¿Te importa poco la lana que tiran por todas partes las gallinas ?

MIRRINA.— A mí sí, por Zeus.

CINESIAS.— (*Volviendo a la carga*) ¿Y los sagrados transportes de Afrodita, que hace tanto tiempo que no celebramos? ¿No vas a volver?

MIRRINA.— No, por Zeus, si no os reconciliáis [900] y termináis con la guerra.

CINESIAS.— Entonces, si así se decide, lo haremos.

MIRRINA.— Entonces, si así se decide, iré yo allí. Por ahora me lo impide mi juramento.

CINESIAS.— ¡Pero acuéstate un rato conmigo!

MIRRINA.— ¡Nada de eso! (*Repentinamente dulce*) ... aunque no diré que no te amo.

CINESIAS.— ¿Me amas? ¿Y entonces por qué no te acuestas, Mirri?

MIRRINA.— ¡Idiota, delante del niño!

CINESIAS.— No, por Zeus. Vamos, Manes, llévatelo a casa. Ea, ya se ha ido tu niño.  
¿Qué, te echas?

MIRRINA.— Pero infeliz [910], ¿dónde podría hacerse eso?

CINESIAS.— ¿Dónde? La gruta de Pan es ideal.

MIRRINA.— ¿Y cómo entraría yo pura en la Acrópolis?

CINESIAS.— Pues muy fácil: te lavas en la fuente Clepsidra.

MIRRINA.— ¿Y voy a incumplir el juramento que he jurado, infeliz?

CINESIAS.— Que se vuelva contra mí. No te preocupes del juramento.

MIRRINA.— Ea pues, voy a traer un catrecillo para nosotros.

CINESIAS.— ¡Oh, no, el suelo nos basta!

MIRRINA.— Por Apolo, que no me acostaré contigo en el suelo, ni aunque seas como eres. (*Se va*)

CINESIAS.— Esta mujer me quiere, la cosa está bien clara.

MIRRINA.— Ya está. Échate deprisa, que yo voy a desnudarme [920]. Pero ¡lagarto!, hay que traer una estera.

CINESIAS.— ¿Qué estera? Para mí no.

MIRRINA.— Sí, por Ártemis; está feo hacerlo sobre el catre.

CINESIAS.— ¡Dame un besito...! (*Mirrina se va de nuevo*)

MIRRINA.— Aquí está.

CINESIAS.— ¡Ay, ay, ay, ven deprisa!

MIRRINA.— Aquí está la estera, tumbate, que ya me desnudo. Pero ¡lagarto!, si no tienes almohada.

CINESIAS.— Ni la necesito.

MIRRINA.— Pero yo sí, por Zeus. (*Se va*)

CINESIAS.— ¡Verdaderamente este pijo mío parece Heracles en un banquete<sup>[71]</sup>!

MIRRINA.— Levántate de un salto, ya lo tengo todo.

CINESIAS.— (*Mirándola lleno de deseo*) Todo, sí. Ven aquí ya, tesorito [930].

MIRRINA.— Ya me suelto el sostén. Recuerda, no me engañes en lo de la reconciliación.

CINESIAS.— ¡Que me muera, por Zeus!

MIRRINA.— ¡Pero si no tienes manta!

CINESIAS.— Ni falta que me hace, por Zeus, lo que quiero es follar.

MIRRINA.— Descuida, lo harás; enseguida voy. (*Se marcha una vez más*)

CINESIAS.— Esta individua me va a matar con sus mantas.

MIRRINA.— Enderézate.

CINESIAS.— Ésta está ya bien derecha.

MIRRINA.— ¿Quieres que te perfume?

CINESIAS.— A mí no, por Apolo.

MIRRINA.— Sí, por Afrodita, quieras o no. (*Sale*)

CINESIAS.— ¡Así se le vertiera el perfume, por Zeus! [940]

MIRRINA.— Extiende la diestra; cógelo y úngete.

CINESIAS.— ¡Este perfume es desagradable, por Apolo. Es de los que retrasan y no huele a polvo!

MIRRINA.— ¡Pobre de mí, he traído el perfume de Rodas<sup>[72]</sup>!

CINESIAS.— ¡Bueno es, déjalo, demonios!

MIRRINA.— No digas tonterías. (*Se va*)

CINESIAS.— ¡Mala muerte se lleve al primero que destiló un perfume!

MIRRINA.— Toma esta ampolla.

CINESIAS.— Polla tengo yo otra. Pero tormento mío, túmbate de una vez y no me traigas nada.

MIRRINA.— Lo haré, por Ártemis. Ya me quito todo. (*Se escapa corriendo*) Pero, amorcito [950], haz por que se decrete concertar la paz.

CINESIAS.— Lo pensaré. (*Se vuelve y ve que ella no esta*) ¡Esa mujer me ha matado y me ha hecho polvo; dejando aparte otras cosas me ha pelado y se ha largado!  
*¿Qué será de mí, a quién se la meto yo,  
privado de la más hermosa de todas?  
¿Cómo voy a alimentar yo a esta polla mía?  
¿Dónde está el perro-zorra<sup>[73]</sup>?  
Alquílame una nodriza.*

CORIFEO DE VIEJOS.— En terrible dolor, desdichado, se consume tu alma tras el engaño [960]. Te compadezco, ay, ay. ¿Qué riñones podrían aguantar, qué corazón, qué cojones, qué culcusilla, qué rabo siempre tieso y sin poder joder de madrugada?

CINESIAS.— ¡Oh Zeus, qué terribles convulsiones!

CORIFEO DE VIEJOS.— Eso es lo que te ha hecho esa mujer maldita y despreciable.

CINESIAS.— No, por Zeus; es mi amorcito, llena de dulzura [970].

CORIFEO DE VIEJOS.— ¿Qué dulzura? Maldita; maldita, sí, por Zeus. Ojalá como a los

montones de paja la arrastraras entre remolinos y rayos y te fueras llevándotela por los aires y luego la soltaras y ella fuera a parar nuevamente al suelo y entonces viniera a encajarse en este cipote mío. (*Cinesias se marcha y el coro se retira a un segundo plano. En escena aparecen un heraldo espartano, en evidente estado de erección, y un prítanis ateniense que acude a recibirlo*)

HERALDO ESPARTANO.— ¿Dónde está el Consejo de Ancianos de Atenas<sup>[74]</sup> o los prítanes? [980] Quiero darles noticias.

PRÍTANIS.— ¿Quién eres, un hombre o un sátiro?

HERALDO.— Por los dos dioses, muchacho, soy un hombre y vengo de Esparta para tratar de las treguas.

PRÍTANIS.— ¿Y vienes escondiendo una lanza bajo la capa?

HERALDO.— Yo no, por Zeus.

PRÍTANIS.— ¿Adónde te vuelves? ¿Por qué se te levanta la túnica por delante? ¿Te ha salido un bubón por culpa del camino?

HERALDO.— Este hombre es imbécil, por Cástor.

PRÍTANIS.— ¡Ah, truhán, es que estás empalmado!

HERALDO.— No, por Zeus, no desbarres [990].

PRÍTANIS.— ¿Y entonces qué es eso?

HERALDO.— Una escítala laconia<sup>[75]</sup>.

PRÍTANIS.— (*Haciendo un gesto obsceno*) En ese caso, ésta es también una escítala laconia. Pero no temas, estoy al corriente, dime la verdad. ¿Cómo os van las cosas en Lacedemonia?

HERALDO.— Tiesa está toda Lacedemonia y todos los aliados la tienen tiesa también. Tenemos que aliviarnos.

PRÍTANIS.— ¿De dónde os ha caído encima esa desgracia? ¿Procede de Pan?

HERALDO.— Que va; empezó, creo, Lampito, y luego todas las mujeres de Esparta a la vez, como los corredores en la línea de salida [1000], alejaron de su coño a sus maridos.

PRÍTANIS.— ¿Y cómo lo lleváis?

HERALDO.— Fatal: recorreremos la ciudad encorvados como si lleváramos lámparas, pues las mujeres no permiten siquiera que se les toque el mirto hasta que todos, con decisión unánime, concertemos un pacto de paz para la Hélade.

PRÍTANIS.— En ese asunto se han conjurado las mujeres de todas partes, acabo de comprenderlo. Vamos, ve enseguida a decir que envíen aquí embajadores plenipotenciarios a tratar la paz [1010], que yo por mi parte propondré al Consejo la elección de otros embajadores, enseñándoles el bolo.

HERALDO.— Voy volando, pues dices punto por punto lo que más conviene.

*(Los dos coros inician un diálogo de acercamiento que culminará en la reconciliación y en la fusión en un solo coro)*

CORIFEO DE VIEJOS.— No hay bicho más indomable que las mujeres, ni siquiera el fuego; ninguna pantera es tan desvergonzada.

CORIFEO DE VIEJAS.— ¿Y tú pese a saberlo vas a pelear conmigo, cuando podías, bribón, tenerme como amiga segura?

CORIFEO DE VIEJOS.— Sabe que jamás dejaré de odiar a las mujeres<sup>[76]</sup>.

CORIFEO DE VIEJAS.— Déjalo cuando te parezca, pero ahora yo no voy a permanecer indiferente viéndote así en cueros. Mira qué ridículo estás [1020]. Voy a acercarme a ti y te voy a poner la túnica<sup>[77]</sup>.

CORIFEO DE VIEJOS.— Eso que hicisteis no estuvo mal. Yo me la quité porque me dio un pronto violento.

CORIFEO DE VIEJAS.— Ahora por primera vez tienes pinta de hombre y ya no das risa; y si no me fastidiaras, incluso cogería ese bicho que tienes en el ojo y te lo sacaría de dentro.

CORIFEO DE VIEJOS.— ¡Ah, eso era lo que me estaba jorobando! Toma, sácamelo con este anillo y luego, cuando lo tengas fuera, enséñamelo. Te digo que hace tiempo me estaba comiendo el ojo, por Zeus.

CORIFEO DE VIEJAS.— Lo haré aunque eres un cascarrabias [1030]. ¡Por Zeus, vaya cosa grande el mosquito que tienes dentro! *(La mujer saca del ojo del viejo un mosquito de pega, exageradamente grande)* ¡Éste es un mosquito digno del pantano de Tricórito!

CORIFEO DE VIEJOS.— Me has hecho un gran favor, por Zeus, porque hace rato que me estaba cavando un pozo. Como que en cuanto me lo has sacado me mana un río de lágrimas.

CORIFEO DE VIEJAS.— Ea, yo te lo secaré, aunque eres un completo granuja. Y además te daré un beso.

CORIFEO DE VIEJOS.— No me beses.

CORIFEO DE VIEJAS.— Lo quieras o no.

CORIFEO DE VIEJOS.— ¿No te irás con viento fresco? Mira que sois zalameras, y qué bien dicho está aquello de «ni con la peor de las pestes ni sin la peor de las pestes<sup>[78]</sup>». Ahora voy a hacer la paz contigo y en el futuro [1040] ya no te haré ninguna picia ni la sufriré de vosotras. Vamos, unamos nuestros coros e iniciemos un canto.

LOS DOS COROS

## Estrofa 1

*No pretendemos, señores,  
decir nada malo  
de ningún ciudadano,  
sino al contrario: decir y hacer sólo  
cosas buenas, que malas ya tenemos bastantes.  
Que se entere todo hombre y toda mujer:  
si precisáis dinerito, [1050]  
un par de minas o tres,  
dentro lo hay,  
lo tenemos por sacos.  
Y cuando luzca la paz,  
quien ahora tomó un préstamo  
de nosotros  
no tendrá que devolver lo que cogió.*

## Estrofa 2

*Vamos a dar un banquete  
a unos huéspedes de Caristo,  
gente buena y muy honrada [1060].  
Hay puré, y tenía un cochinillo  
que maté: probaréis cosa tierna y sabrosa.  
Conque venid hoy a casa, y que sea tempranito,  
bien bañados vosotros  
y vuestros niños.  
Y luego hasta dentro,  
sin preguntar a nadie,  
entrad directamente,  
como en vuestra propia casa,  
confiados: [1070]  
la puerta estará cerrada<sup>[79]</sup>.*

CORIFEEO.— Vaya, aquí llegan los embajadores de Esparta; vienen arrastrando los mostachos y llevan puesto una especie de cubrecoños<sup>[80]</sup> en torno a los muslos.

Hombres de Lacedemonia, en primer lugar os saludamos, y luego decidnos en qué estado venís.

ESPARTANO.— ¿Qué falta hace que os diga muchas palabras? Vosotros mismos podéis ver en qué estado llegamos. (*Se abre el manto*)

CORIFEEO.— ¡Atiza! La cosa parece que aumenta enormemente, y lo que es peor, parece que da calentura.

ESPARTANO.— Es inenarrable. ¿Quién podría explicarlo? [1080] Vamos, que venga alguien a darnos la paz en las condiciones que quiera.

CORIFEO.— Veo también por aquí a los hombres de esta tierra apartándose del vientre los mantos, como luchadores de palestra. Al parecer, la enfermedad tiene que ver con el ejercicio de cierto músculo.

PRÍTANIS<sup>[81]</sup>.— ¿Quién puede decirnos dónde está Lisístrata?, porque aquí estamos nosotros ya veis en qué estado. *(Se abre también el manto)*

CORIFEO.— Esta enfermedad armoniza perfectamente con esa otra. ¿Se adueñan de vosotros las convulsiones de madrugada?

PRÍTANIS.— No, por Zeus, pero esta situación nos tiene hechos polvo [1090]. Conque si alguien no nos reconcilia enseguida, es inevitable que se la acabemos metiendo a Clístenes.

CORIFEO.— Sed prudentes y poneos los mantos, no vaya a veros alguno de los que mutilaron los hermes<sup>[82]</sup>.

PRÍTANIS.— Sí, por Zeus, llevas razón.

ESPARTANO.— Toda la razón, por los Dioscuros. Vamos, cubrámonos con las ropas.

PRÍTANIS.— Se os saluda, espartanos. *(Para sí)* ¡Qué vergüenza lo que nos pasa!

ESPARTANO.— *(A uno de los suyos)* Oh querido amigo, terrible desgracia la nuestra si esos individuos nos han visto empalmados. *(Atenienses y espartanos tratan de taparse lo más posible para disimular su estado)*

PRÍTANIS.— Vamos ya, espartano, hay que hablarlo todo sin omitir detalle [1100]: ¿Para qué os habéis presentado aquí ?

ESPARTANO.— Somos embajadores para tratar de paz.

PRÍTANIS.— Bien dicho; nosotros también. ¿Por qué, entonces, no llamamos a Lisístrata, que es la única que puede hacer que nos reconciliemos?

ESPARTANO.— Sí, por los dioses. O a Lisístrato, si queréis<sup>[83]</sup>.

PRÍTANIS.— Pero parece que no vamos a tener que llamarla, porque ella nos ha oído y sale aquí en persona.

CORIFEO.— Te saludo, la más machota de todas. Ahora tienes que ser terrible y delicada, buena y perversa, altanera y llana y tener mano izquierda, porque los primeros entre los helenos, prisioneros de tu encanto [1110], están de acuerdo contigo y con común decisión someten a tu arbitrio todas sus diferencias.

LISÍSTRATA.— No es difícil la tarea si uno se encuentra con dos bandos que están irritados entre sí y no quieren saber nada unos de otros. Voy a saberlo enseguida. ¿Dónde está la Concordia<sup>[84]</sup>? Coge primero a los lacedemonios y acércamelos, y no lo hagas con mano dura y violenta ni zafiamente, como los hombres de aquí,

sino como cuadra a las mujeres: con delicadeza. Y si no te da la mano, tráemelo del bolo. Ahora haz lo mismo con estos atenienses: acércame a uno [1120], agarrándole de donde te deje.

Hombres de Esparta, poneos derechos a mi lado. Y vosotros aquí; y escuchadme. «Soy mujer pero hay raciocinio en mí»<sup>[85]</sup>. Por mí misma no ando mal de inteligencia y además he oído hablar muchas veces a mi padre y a las personas de edad así que mi instrucción es buena. Aquí os tengo y quiero afearos la conducta tanto al uno como al otro, y es justo, porque vosotros que como miembros de una misma familia habéis regado con una sola agua lustral altares [1130] en Olimpia, en las Termópilas, en Delfos —¿cuántos podría mencionar si tuviera que extenderme?—... destruís ciudades y gente helénica cuando al acecho hay enemigos con un ejército de bárbaros. Aquí concluye el primer punto de mi discurso.

PRÍTANIS.— *(Que no pierde de vista a Concordia)* ¡Me muero descapullado!

LISÍSTRATA.— Ahora me dirijo a vosotros, laconios. ¿Ignoráis aquella vez que el laconio Periclidias se postró en actitud de suplicante ante los altares de Atenas, pálido en sus vestidos de púrpura [1140], solicitando un ejército? Mesenia os amenazaba por entonces y el dios había hecho temblar la tierra<sup>[86]</sup>. Cimón llegó con cuatro mil hoplitas y salvó toda Lacedemonia. Y habiendo recibido ese trato de los atenienses asoláis su país, del que no habéis recibido más que bienes.

PRÍTANIS.— Son unos canallas, por Zeus, Lisístrata.

ESPARTANO.— *(Que no deja de mirar a Concordia)* Lo somos, pero no tengo palabras para describir un culo tan lindo.

LISÍSTRATA.— Y no creas que voy a dejaros sin lo vuestro a los atenienses. ¿Acaso no sabéis de cuando junto a vosotros [1150], que llevabais aún la capa de los esclavos, vinieron los espartanos con sus armas y mataron a muchos tesalios<sup>[87]</sup> y a muchos camaradas y aliados de Hippias, y que fueron los únicos que aquel día pelearon a vuestro lado y los que os dieron la libertad y los que volvieron a vestir al pueblo con el manto de lana, abandonando la capa de la esclavitud?

ESPARTANO.— *(Mirando a Lisístrata)* Nunca he visto una mujer más aparente que ésta.

PRÍTANIS.— *(Mirando a Concordia)* Y yo nunca un chumino más bonito.

LISÍSTRATA.— ¿Por qué entonces cuando tantos servicios os tenéis hechos seguís luchando y no dejáis los resentimientos? [1160] ¿Por qué no os reconciliáis? ¿Qué os lo impide?

ESPARTANO.— Nosotros sí queremos, si se nos entrega ese agujero.

LISÍSTRATA.— ¿Cuál, amigo?

ESPARTANO.— El de Pilos<sup>[88]</sup> que hace tiempo reclamamos y al que deseamos meter mano.

PRÍTANIS.— ¡No lo haréis, por Posidón!

LISÍSTRATA.— Permíteselo, buen hombre.

PRÍTANIS.— ¿Y en cuál nos metemos nosotros entonces?

LISÍSTRATA.— Pídele tú otro en compensación por ése.

PRÍTANIS.— La que decía el otro, entonces. Dadnos primero ese Equinunte y el golfo de Malia que está detrás y las piernas de Mégara <sup>[1170]</sup><sup>[89]</sup>.

ESPARTANO.— No, por los Dioscuros. Todo eso no, buen hombre.

LISÍSTRATA.— Consentid. No discutáis por un par de piernas.

PRÍTANIS.— Ya estoy deseando quitarme la ropa y arar la tierra en pelota.

ESPARTANO.— Y yo, por los dos dioses, echarle abono al campo de madrugada<sup>[90]</sup>.

LISÍSTRATA.— En cuanto hagáis las paces podréis hacerlo, pero si os decidís a ello, discutidlo también con vuestros aliados y poneos de acuerdo con ellos.

PRÍTANIS.— ¿Con qué aliados, inocente? ¡La tenemos tiesa! ¿No van a decidir todos nuestros aliados sin excepción lo mismo que nosotros, follar?

ESPARTANO.— Los míos sí, por los Dioscuros <sup>[1180]</sup>.

PRÍTANIS.— Y especialmente los de Caristo<sup>[91]</sup>.

LISÍSTRATA.— Lleváis razón. Y ahora purificaos para que las mujeres os agasajemos en la Acrópolis con lo que tenemos en los canastos. Una vez allí intercambiad juramentos y garantías de lealtad, y luego que cada uno se largue llevándose a su mujer.

PRÍTANIS.— Pues vayamos enseguida.

ESPARTANO.— Llévanos adonde tú quieras.

PRÍTANIS.— Sí, por Zeus, llévanos a toda prisa.

LOS DOS COROS

Antístrofa 1

*Colchas multicolores,*

*cales, túnicas finas* <sup>[1190]</sup>

*y joyas: cuanto poseo.*

*No tengo inconveniente en dároslo a llevar a todos*

*para vuestros hijos y para vuestra hija cuando sea canéforo.*

*A todos os digo que cojáis de las cosas*

*que ahora tengo dentro*

*y que no hay nada tan firmemente guardado*

*cuyos sellos  
no puedan romperse  
y dejar escapar lo que hay dentro.  
¡Mas nada veréis mirando [1200],  
si vuestra vista  
no es más aguda que la mía!*

#### Antístrofa 2

*Si uno de vosotros no tiene comida  
pero alimenta sirvientes  
y una numerosa prole,  
puede obtener de nosotros grano de cereal  
y pan de trigo de la artesa:  
a la vista está que es reciente.  
El mendigo que quiera que vaya a mi casa  
y que lleve consigo sacos  
y alforjas: se llevará [1210]  
grano. Mi criado Manes  
se lo meterá en ellos.  
Pero ante mi puerta, os lo aviso,  
no vayáis,  
no ante la mía:  
¡guardaos de mi perro<sup>[92]</sup>!  
(Salen del comité un prítanis y un ateniense)*

PRÍTANIS.— *(Al corifeo)* Abre las puertas, tú. *(A los coreutas que se agolpan a las puertas)* Debíais dejar sitio. Vosotros, ¿por qué estáis ahí sentados?, ¿tendré que chamuscaros con mi antorcha? ¡Qué lugar tan cutre! Bueno, no lo haré; pero si es necesario hacerlo, por daros gusto me tomaré la molestia [1220].

ATENIENSE.— Y nosotros nos tomaremos la molestia contigo.

PRÍTANIS.— *(Al coro)* ¿No os vais? Los gritos por vuestros pelos se van a oír bien lejos. ¿No os vais para que los espartanos puedan salir tranquilamente de dentro tras el convite?

ATENIENSE.— Nunca he visto un banquete como ése. Los espartanos eran realmente simpáticos, pero con el vino nosotros éramos los comensales más ocurrentes.

PRÍTANIS.— Así es, porque sobrios no tenemos dos dedos de frente. Si consigo convencer a los atenienses de mi propuesta, iremos a todas las embajadas borrachos [1230]<sup>[93]</sup>. Es que ahora, cuando vamos sobrios a Esparta, buscamos enseguida la ocasión de incordiar y así no escuchamos lo que dicen y sospechamos de lo que no dicen, y luego no traemos las mismas noticias sobre los

mismos asuntos. Hace un momento, en cambio, todo nos complacía, así que si uno cantaba *El Telamón* cuando había que cantar *El Clitágoras*<sup>[94]</sup>, todos decíamos que estaba bien e incluso lo apoyábamos con falsos juramentos. Pero aquí vienen otra vez éstos al mismo sitio. ¡Largaos de una vez, carne de látigo!  
[1240] (*El coro reunido, danzando y haciendo fiesta por su cuenta se retira definitivamente*)

ATENIENSE.— Sí, por Zeus, que ya salen de dentro

(*Salen un grupo de espartanos y algunos atenienses; después lo hacen las mujeres con Lisístrata a la cabeza. También sale una flautista*)

ESPARTANO.— (*A la flautista*) Coge tus flautas, encanto, para que yo baile la dipodia y entone una bella canción dedicada a los atenienses y a mí mismo de paso.

PRÍTANIS.— Coge, sí, las flautas, por los dioses. ¡Cómo me gusta verlo bailar!

ESPARTANO.— *Divina Memoria, envíale al joven*

*tu inspiración poética, ésa*

*que sabe de mí y de los atenienses* [1250].

*De cuando ellos en el cabo Artemisio*<sup>[95]</sup>

*se lanzaron al ataque como jabalíes*

*contra los barcos del medo y alcanzaron la victoria.*

*Y de cuando a nosotros Leónidas*

*nos condujo, como verracos*

*con el colmillo afilado*<sup>[96]</sup>; *mucho*

*sudor nos florecía en las mejillas,*

*mucho nos caía piernas abajo,*

*pues los persas eran más* [1260]

*que las arenas de la playa.*

*¡Diosa montaraz*<sup>[97]</sup>, *cazadora de fieras, ven, divina doncella,*

*acude a nuestra tregua*

*y manténnos en ella mucho tiempo!*

*¡Que quede para siempre una fructífera amistad*

*como resultado de nuestro acuerdo!*

*¡Terminemos de una vez*

*con las zorras arteras!* [1270]

*¡Aquí, ven aquí,*

*virgen cazadora!*

PRÍTANIS.— Y ahora, venga, ya que se ha hecho bien todo lo demás, llevaos a éstas, espartanos, y vosotros a esas otras. Que cada hombre se ponga junto a su mujer y cada mujer junto a su marido. Y después honremos con danzas a los dioses por este éxito y procuremos no volver a cometer esos errores en lo sucesivo.

CORO DE ATENIENSES.— *Conduce el coro, trae a las Gracias*

*e invoca a Ártemis* [1280]

*y a su gemelo el Curador, guía del coro,*

*que nos sea propicio; y al de Nisa,*

*que brilla en los ojos de las ménades;*

*y a Zeus, que de fuego se incendia;*

*y a la soberana, su feliz esposa.*

*Y también a los dioses, a quienes pondremos*

*por testigos que no olvidarán*

*esta paz que serena el espíritu,*

*obra de la diosa de Chipre* [1290]<sup>[98]</sup>.

*¡Alalái, ié Peón;*

*saltad, ay, ay,*

*como en la victoria, ay!*

*¡Evohé, evohé, evohé, evohé!*

PRÍTANIS.— *Espartano, preséntanos todavía una nueva canción más.*

ESPARTANO.— *Deja el delicioso Taigeto*

*y ven, ven Musa laconia a cantar la gloria*

*de nuestro respetado dios de Amiclas*

*y a la reina Calcieco* [1300]

*y a los ilustres Tindáridas*

*que a orillas del Eurotas retozan*<sup>[99]</sup>.

*Vamos, un paso;*

*vamos, vamos, salta ligera,*

*cantemos un himeneo a Esparta,*

*donde gustan los divinos coros*

*y el estruendo que producen los pies;*

*donde como potros las mozas*

*junto al Eurotas*

*brincan, elevando con sus pies* [1310]

*espesa polvareda*

*y agitan sus cabelleras*

*como bacantes que agitan el tirso y danzan.*

*Al frente, la hija de Leda*<sup>[100]</sup>,

*preciosa y casta corego.*

Y ahora, venga, ciñe tus cabellos con una cinta y haz saltar tus dos pies como una gacela, y a la vez provoca el estruendo que favorece al coro en su danza y eleva tu himno en honor de la poderosísima y belicosísima Atenea [1320].

# ÍNDICE DE NOMBRES

ACRÓPOLIS. Ciudadela de Atenas: 176, 179, 241, 263, 266, 288, 302, 318, 338. 482, 487, 754, 758, 912, 1183.

ADONIS. Amado de Afrodita, objeto de cultos orgiásticos femeninos: 389, 393, 396.

AFRODITA. Diosa del amor, nacida de la espuma del mar tras la castración de Urano: 2 (de los Cipotes), 208, 252, 551, 556, 749, 832, 858, 898, 939.

AMAZONAS. Belicosas mujeres mitológicas: 678.

AMICLAS. Con Cinosura, Limnas, Mesoia y Pitane, uno de los cinco núcleos de población (*obái*) que conformaban Esparta, aunque situada a unos 6 kms. de los otros cuatro: 1298.

AMORGOS. Pequeña isla del grupo de las Cícladas: 150.

ANAGIRO. Demo del Ática: 67, 68.

APOLO. Hijo de Zeus y Latona, dios de la adivinación, de la música, etc.: 465, 917, 938, 942.

AQUELOO. Caudaloso río de Epiro y Acarnania: 381.

ARISTOGITÓN. Uno de los tiranicidas, matadores de Hiparco: 633.

ÁRTEMIS. Hermana de Apolo, diosa de la caza: 435, 922, 949, 1280.

ARTEMISIA. Hija de Lígdamis, aliada de los persas en las Guerras Médicas: 675.

ARTEMISIO. Cabo de la isla de Eubea: 1251.

ATENAS. La principal ciudad de la antigua Grecia: 37, 980, 1139.

ATENEA. Hija de Zeus, la diosa nacional de Atenas: 1318.

ÁTICA. Región en la que se encontraba Atenas: 56.

BACO. Por otro nombre, Dioniso: 1.

BEOCIA. Región de Grecia central próxima al Ática: 40, 75, 86, 87, 702.

BRAURÓN. Demo del Ática con fiestas en honor de Ártemis: 645.

BÚPALO. Rival del poeta Arquíloco de Paros: 361.

CALCIECO. Apelativo de Atenea en Esparta: 1300.

CÁLICE. Mujer ateniense: 322.

CARISTO. Ciudad de la isla de Eubea: 1059, 1181.

CÁSTOR. Hijo de Zeus y Leda, uno de los Dioscuros, muy honrados en Esparta: 206, 988.

CHIPRE. Isla del Mediterráneo oriental, cuna de Afrodita: 551, 833, 1290.

CIMÓN. Hijo de Milcíades, político y militar ateniense: 1144.

CINESIAS. Joven casado ateniense, marido de Mirrina: 837, 852, 856, 860.

CITERÓN. Monte de Beocia: 833.

CLEÓMENES. Rey de Esparta: 273.

CLEONICA. Mujer ateniense: 6, 9.

CLEPSIDRA. Una fuente de Atenas: 913.

CLÍSTENES. Hijo de Sibirtias, afeminado: 621, 1092.

CLITÁGORAS. Personaje mitológico y título de una canción de banquete: 1237.

CLOE. Es decir, la verde. Apelativo de Deméter: 835.

CONCORDIA. Concepto divinizado: 1114.

CRÁNAO. Uno de los reyes míticos de Atenas: 481.

CRITILA. Mujer ateniense: 323.

CURADOR. Epíteto de Apolo: 1281.

DELFO. Ciudad de Grecia central de conocidísimo oráculo: 1131.

DÉMETER. Diosa de la agricultura: 271, 500.

DEMÓSTRATO Político ateniense: 391, 393.

DIOSCUROS. Hijos gemelos, junto con Helena y Clitemestra, de Zeus y Leda. Muy venerados en Esparta: 1095, 1171, 1180.

DRACES. Anciano ateniense: 254.

EMBARULLÓMACO. Nombre parlante ficticio de varón: 22.

EQUINUNTE. Ciudad de Tesalia frente a la costa de Eubea: 1169.

EROS. Divinidad primigenia, representa el poder del amor: 551.

ESPARTA. Principal potencia del Peloponeso, rival tradicional de Atenas: 628, 984, 999, 1072, 1122, 1231, 1305.

ESQUILO. El primero de los tres grandes trágicos: 188.

ESTRATILIS. Vieja ateniense: 365.

ESTRIMODORO. Anciano ateniense: 259.

ÉUCRATES. Estratego ateniense: 103.

EURÍPIDES. El gran poeta trágico: 283, 368.

EUROTAS. El río de Esparta: 1302, 1309.

FEDRIAS. Viejo ateniense: 356.

FERÉCRATES. Poeta cómico: 158.

FILURGO. Anciano ateniense: 266.

FORMIÓN. Prestigioso almirante ateniense: 804.

FURIAS. Divinidades de la venganza: 810.

GORGONA. Había tres, hijas de Forcis y Ceto; generalmente se trata de Medusa: 560.

GRACIAS. Nombre común de las tres hijas —Aglaé, Eufrosine y Talía— de Zeus y Eurínome. Representan la belleza y el encanto: 1279.

GUERRAS MÉDICAS. Confrontación bélica en dos etapas entre la Hélade y Persia: 653.

HACENIÑOS. Apelativo de Afrodita: 2.

HÉCATE. Diosa de los Infiernos: 700.

HÉLADE. Nombre griego de la antigua Grecia: 29, 41, 342, 525, 1006.

HELENA. Hija de Zeus y Leda, causante de la guerra de Troya: 155.

HERACLES. Hijo de Zeus y Alcmena, héroe nacional helénico: 296, 928.

HIPIAS. Hijo y sucesor de Pisístrato como tirano de Atenas: 619, 1153.

ILITÍA. Patrona de los partos: 742.

ISMENIA. Muchacha tebana: 697.

LACEDEMONIA. Región del sur del Peloponeso, cuya capital es Esparta: 994, 995, 1074, 1144.

LAMPITO. Mujer espartana: 77, 78, 181, 209, 242, 696, 998.

LAQUES. Viejo ateniense: 304.

LEDA. La madre de los Dioscuros, Helena y Clitemestra, por obra de Zeus metamorfoseado en un cisne: 1314.

LEMNOS. Isla al norte del Egeo: 299.

LEÓNIDAS. Rey de Esparta, héroe de las Termópilas: 1254.

LESBOS. Isla del Egeo nororiental, patria de Safo y Alceo: 920.

LICÓN. Ciudadano ateniense. Fue uno de los acusadores de Sócrates: 270.

LISÍSTRATA. Mujer ateniense, protagonista de esta comedia: 6, 21, 69, 135, 186, 189, 216, 746, 1086, 1103, 1147.

LISÍSTRATO. Un granuja sin una sola cualidad buena: 1105.

LUMINOSA. Epíteto que se aplica a varias diosas: 443, 738.

MALALECHÓSTRATO. Deformación cómica del nombre de Demóstrato: 397.

MALIA. Golfo de Tracia: 1169.

MANES. Esclavo de Cinesias: 908.

MANES. Nombre de esclavo: 1211.

MÉGARA. Ciudad vecina y rival de Atenas: 1170.

MELANIÓN. Héroe arcadio, esposo de Atalanta: 785, 796, 807.

MEMORIA. Concepto divinizado: 1248.

MENELAO. Hermano de Agamenón y esposo de Helena: 155.

MESENIA. Región del Peloponeso vecina de Lacedemonia y sometida a ella: 1141.

MICÓN. Pintor: 679.

MILETO. Ciudad griega de la costa jonia: 729.

MIRÓNIDES. Ilustre general ateniense: 802.

MIRRINA. Joven casada ateniense: 70, 850, 851, 872, 874, 906.

MUSA(S). Hijas de Zeus y Metis, patronas de las artes: 1297.

NICODICE. Mujer ateniense: 321.

NISA. Lugar en Arabia o Etiopía, cuna de Dioniso: 1283.

OLIMPIA. Ciudad del Peloponeso con santuario y juegos muy afamados: 1131.

ORSÍLOCO. Dueño de un burdel: 725.

PAFOS. Ciudad de Chipre: 556, 833.

PAN. Dios pastoril, mitad hombre y mitad macho cabrío: 2, 721, 911, 998.

PÁNDROSO. Hija de Cécrope, rey de Atenas: 439.

PASTORA DE TOROS. Epíteto de Ártemis: 447.

PELOPONESO. Península al sur de la Hélade: 40.

PEÓN. Apelativo de Apolo en su función de curador: 1291.

PEÓNIDE. Una de las diez tribus del Ática: 852.

PERICLIDAS. Espartano: 1138.

PERSUASIÓN. Concepto divinizado: 203.

PILOS. Ciudad de Mesenia, en el Peloponeso: 104, 1163.

PISANDRO. Del demo de Acarnas. Político ateniense: 490.

POSIDÓN. Hermano de Zeus, dios del mar: 403, 1165.

PROPILEOS. Monumentales puertas de acceso a la Acrópolis: 265.

RODAS. Isla del Egeo oriental, cercana a la costa jonia: 944.

RODIPA. Vieja ateniense: 370.

SABACIO. Dios tracio, identificado con Dioniso: 388.

SALAMINA. Isla del Egeo muy cercana a Atenas: 59, 411.

SAMOS. Isla del Egeo oriental, base de la armada ateniense en Jonia: 313.

SICILIA. Gran isla mediterránea, al sur de Italia: 392.

TAIGETO. Monte de Lacedemonia: 117, 1296.

TASOS. Isla al norte del Egeo: 196.

TEÁGENES. Ciudadano ateniense: 63.

TEBAS. La principal ciudad de Beocia: 697.

TELAMÓN. Héroe de Salamina y título de una canción simposiaca: 1237.

TERMÓPILAS. Desfiladero donde se dio una famosa batalla en la 1.<sup>a</sup> Guerra Médica: 1131.

TETRÁPOLIS. Las ciudades de Maratón, Énoe, Tribalinto y Tricórito en el Ática: 284.

TEREO. Rey de Tracia, metamorfoseado en abubilla: 563.

TIMÓN. El paradigma griego del misántropo: 808, 813.

TINDÁRIDAS. Los Dioscuros, nombrados por Tindáreo, su padre terrenal: 1301.

TRACIA. Región bárbara al norte de la Hélade: 103.

TRICÓRITO. Una de las ciudades de la Tetrápolis: 1032.

TRITOGENIA. Epíteto de Atenea: 347.

VICTORIA. Concepto divinizado: 317.

ZACINTO. Isla del Adriático: 394.

ZEUS. El padre de los hombres y de los dioses: 12, 24, 55, 67, 74, 87, 88, 91, 95, 194, 237, 360, 476, 486, 521, 524, 559, 561, 582, 594, 609, 716, 717, 752, 773, 777, 836, 837, 862, 873, 897, 900, 908, 927, 933, 934, 940, 967, 970, 971, 986, 990, 1031, 1033, 1090, 1095, 1147, 1188, 1241, 1285.

# Notas

[1] Lo describe Tucídides (VIII 47-50, 53-4 y, sobre todo, 61-72) y hay otras muchas referencias a él, entre las que destacan por su extensión las de Aristóteles (*Const. de Atenas* 28-34) y Lisias (*Discurso XX*). En el v. 490 de nuestra obra se menciona a Pisandro, uno de los principales cabecillas. Otro indicio de la disminución de las libertades democráticas lo constituye la existencia de magistrados como el *probulo* que discute con Lisístrata. Dicha magistratura se había impuesto en la ciudad tras el desastre siciliano del 413; véase nuestra nota 1 a la **Lista de personajes**. <<

[2] Como señala Tucídides (VIII 54), la gente común aceptaba la idea de que se impusiera un gobierno oligárquico como algo irremediable, pero albergaba la esperanza de que del mismo modo que la situación del momento parecía imponer el fin de la democracia, quizá en un futuro circunstancias diferentes exigieran el regreso a ella. <<

[3] Véase Tucídides VI 27-30 y el v. 1094 de esta comedia. <<

[4] Por cierto, que tras alcanzar el perdón de la ciudad y regresar triunfal a ella como único salvador posible de la misma, Alcibíades se preocupó, como desagravio a las diosas, cuyos *Misterios* se había dicho que él había escarnecido, y como demostración de fuerza, de que la procesión anual volviera a hacerse por tierra. <<

[5] Que ahora eran el éforo Endio y sus partidarios. Alcibíades se había enemistado con el rey Agis, con cuya esposa, Timea, iba a tener un hijo, y buscaba la forma de salvar la vida una vez más, poniendo tierra por medio respecto a sus enemigos. <<

[6] Provocaba igualmente la carencia de ciertos bienes de consumo de uso más privado, a juzgar por las palabras de nuestra protagonista en el v. 108. <<

[7] Como tantos héroes aristofánicos, Lisístrata, *disuelvejércitos*, tiene un nombre parlante. <<

[8] Lo ha señalado muy atinadamente A. López Eire en pág. 79 de su traducción, con introducción y notas, de *Lisístrata* (Hespérides, Salamanca, 1994). <<

[9] Ser dueño de la Acrópolis de Atenas equivalió desde siempre a tener el dominio sobre la ciudad. De hecho, a lo largo de su historia, los distintos intentos de golpe de estado que buscaron la implantación de gobiernos unipersonales siempre comenzaron con su toma. Los ejemplos de Ción, que fue el primero, y Pisístrato son, probablemente, los más conocidos. <<

[<sup>10</sup>] Véase nuestra nota 8 a la **Introducción** de *La asamblea de las mujeres*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1996. <<

[11] Es paradójico —y seguro que a ningún ateniense se le escaparía el detalle— que el nombre de este varón signifique *fornicador*, teniendo en cuenta lo que va a padecer en escena. Cf. A. M. Komornicka, «Quelques rémarques sur le caractère des personnages scéniques d'Aristophane», *Eos* 58, 1969-70, págs 181-99. <<

[12] La bibliografía es abundantísima. Entre los muchos trabajos dedicados al tema mencionaremos el ya clásico de U. E. Paoli, *La donna greca nell'antichità*, Florencia, 1953 y el más reciente de C. Mossé, *La femme dans la Grèce antique*, París, 1983, centrado en el período clásico. Una visión ciertamente pesimista de la condición de la mujer, precisamente en Atenas durante la fase de apogeo de la democracia, es decir, la época en que se ambienta nuestra comedia, es la de W. Schüller, *Frauen in der griechischen Geschichte*, Constanza, 1985, quien afirma que la condición de las mujeres era mejor en otras ciudades helénicas y que en Atenas lo había sido antes y lo volvería a ser tras la caída de la democracia. <<

[13] La edición más moderna de los fragmentos de la Comedia es la de R. Kassel y C. Austin, *Poetae Comici Graeci* (Aristófanes ocupa el volumen III 2), Londres-Nueva York, 1983-84; Para los Escolios sigue siendo necesario el manejo de la antigua edición de F. Dübner, *Scholia Graeca in Aristophanem*, Olms, Hildesheim, 1969 (reimp.), pues aún no está completa la que prepara W. J. W. Koster, de la que ha aparecido un solo volumen, el correspondiente a *Las nubes* (Groninga, 1974). La lista completa de sus obras puede verse en diferentes lugares, por ejemplo en L. Gil, *Aristófanes. Comedias I*, Gredos, Madrid, 1995, págs 44-47. Como ejemplo de referencia a otras comedias en obras conservadas puede verse la *parábasis* de *Las nubes*, donde se hace una breve historia de la Comedia Antigua y sus poetas más característicos, colegas y rivales de nuestro Aristófanes. <<

[14] Aparte de L. Gil, *op. cit.* págs 45-7, que incluye un intento de clasificación de las comedias por los temas que tratan, véase E. Rodríguez Monescillo, *Aristófanes. Comedias I*, Alma Mater, Madrid, 1985, págs XXIX-XXXV, con amplia discusión del problema. <<

[15] J. Henderson («Lysistrata: the Play and his Themes», *YCS* 26, 1980) hace de la mención de Pisandro en el v. 490 la base de la datación de la obra: «sólo un poco después de la primera intervención de Pisandro ante la Asamblea», que describe Tucídides (VIII 53, ss.). Desde luego, a juzgar por la alusión mencionada, dicho personaje parece un simple agitador favorable a la continuación de la guerra más que un agente del cambio político, lo cual está más en consonancia con la fecha de las *Leneas* (en febrero) que con la de las *Dionisias* (abril), muy próxima ya a la del golpe de estado, que fue en mayo o junio.

La bibliografía es, en cualquier caso, bastante amplia. Sobre la fecha, véase H. Sommerstein. «Aristophanes and the Events of 411» *JHS* 97, 1977, 112-26, H. D. Westlake, «The Lysistrata and the War», *Phoenix* 34, 1980, 38 ss. y A. Andrewes en págs. 184-93 de A. Gomme *et al.*, *A Historical Commentary on Thucydides*, Oxford, 1945-81, vol. V. En cuanto a la fiesta lenaica como momento de la representación, véase J. Henderson, *Aristophanes. Lysistrata*, Oxford, 1987. A la fecha del 411 y a la festividad de las *Leneas* le opone reparos S. L. Radt, «Zu Aristophanes' Lysistrata» *Mnemosyne*, 27, 1974. <<

[16] Sobre la utopía en Aristófanes véase E. Schwinge, «Aristophanes und die Utopie», *Würz. Jahrb.* N. F. 3, 1977, pág. 57, ss.; B. Zimmermann, «Utopisches und Utopie in den Komödien des Aristophanes», *ibid.* 9, 1983 y A. López Eire, «Comedia política y utopía», *Cuadernos de investigación filológica* X, Logroño, 1984, págs. 137-74. <<

[17] Ediciones Clásicas, Madrid, 1993 e *ibid.* 1996, respectivamente. <<

[18] En las oligarquías, una comisión deliberativa, supeditada al Consejo y formada por *próbuloi*, como este de aquí, preparaba las propuestas que aquél debía considerar. En Atenas se estableció una comisión similar, formada por diez miembros, el año 413 como consecuencia del deterioro político que produjo el desastre de Sicilia. En 411, año de la representación de esta pieza, aquello desembocaría en la revolución oligárquica, cf. Tucíd. VIII 1; 61ss. <<

[19] Véase *Nub.* 52 ss. <<

[20] La mayoría de los esclavos de Atenas procedían de tribus bárbaras: tracios y escitas sobre todo. Los escitas, armados con un arco, arma con la que eran excelentes guerreros, eran esclavos públicos, encargados de la policía y el orden. <<

[21] Las palabras de Lísístrata son ambiguas, pero Cleónica las toma inmediatamente en un sentido muy concreto. <<

[22] Las anguilas del lago Copáis, el producto beocio más famoso en Atenas y al que se alude en otras ocasiones, cf. por ejemplo el v. 702; *Acarნიenses* 880 y *Avispas* 510.

<<

[23] Hay un juego de palabras muy difícil de traducir, basado en el doble sentido de las palabras en griego: *diabaíno* significa pasar, cruzar en barco y abrir las piernas, y *kéles* es barca y caballo de montar, en lo que hay una alusión erótica, cf. más adelante. vv. 676 ss. y *Avispas* 501. <<

[24] Nuevamente doble sentido: las palabras griegas significan tanto izar la vela como levantar la copa, empinar el codo. <<

[25] En doble sentido, político y olfativo. <<

[26] El dialecto laconio en el que habla este personaje tiene cierto parecido con el andaluz actual: la pronunciación seseante de la dental aspirada es, en ese sentido, una de las características más notables. Eso, unido quizá a que Laconia está en el sur de la Hélade, hace que frecuentemente se coloree de ese dialecto del castellano el habla de los personajes que hablan en laconio. Nosotros, como ya dijimos en *Los acarnienses*, preferimos no hacerlo. <<

[27] Se refiere a los Dioscuros, Cástor y Polideuces, por los que juraban habitualmente los espartanos. <<

[28] Se palpaba a las víctimas que iban a sacrificarse para ver si estaban bien cebadas y sebosas. <<

[29] Estratego ateniense que, sospechoso de traición, era vigilado por los propios soldados a su mando. <<

[30] Los milesios se desgajaron del imperio ateniense tras el desastre de Sicilia, cf. Tucídides VIII 17. <<

[31] En el texto dice «no somos otra cosa sino Posidón y la barquita», frase para la que los escolios ofrecen dos interpretaciones: que las mujeres siempre piensan en lo mismo, o sea, mantener relaciones sexuales y tener hijos, interpretación metafórica que preferimos y refleja nuestra traducción, o bien que se acuestan con cualquiera y en cualquier lugar pues Posidón yació con Melanipa en una barca tras raptarla. <<

[32] La historia la cuentan Íbico y Eurípides (*Andrómaca* 628 ss.) según los escolios. La expresión griega tiene doble sentido, tanto en el uso metafórico de manzanas para «tetas», expresión muy usual, cf. *Ach.* 1199, como en la identidad del «arma» de Menelao. <<

[33] La expresión equivale a «masturbarse». Los griegos daban nombres de animal — aquí perra o perro— a los órganos sexuales humanos, cf. el juego de equívocos de *Los acarnienses* 740 ss. <<

[34] Según Tucídides (II 24), al comienzo de la guerra la Asamblea ateniense decretó, probablemente a iniciativa de Pericles, que se reservaran mil talentos de plata del monto total del tesoro depositado en el templo de Atenea y que llegó a alcanzar la suma de 16000. La pena de muerte era su salvaguardia frente a cualquier propuesta de gastarlos en otra cosa que no fuera la defensa de la ciudad ante un ataque naval. Ahora había llegado el momento (cf. Tucídides VIII 15). Ante la defección de Quíos se levantó la prohibición de hacer propuestas sobre su empleo, y se gastaron de hecho en construir barcos a toda prisa. <<

[35] Es proverbial la falta de atención y el desinterés de los esclavos en los asuntos de sus amos en los que se ven obligados a participar, cf. más adelante v. 426, donde el *probulo* o consejero hace idéntica llamada de atención a los dos arqueros que le acompañan. Desde luego no había «arqueras» escitas en Atenas, pero las mujeres quieren dar un carácter oficial a su acción, aparentar que celebran una Asamblea en toda regla. <<

[36] *Los siete contra Tebas*, vv. 42-43. <<

[37] Hay un juego de palabras intraducible: según los escolios, «blanco» es sinónimo de falo, y la mención del caballo alude a la postura erótica comentada en la nota 6. Es posible, también, que se trate simplemente de una alusión a las Amazonas, que sacrificaban caballos blancos. <<

[38] Sorpresa en el juramento, conjugada con un ejemplo más de la tópica afición de las mujeres a la bebida, cf. *La asamblea*, 8 ss.; *Tesmoforias* 560, 628 ss. y 732. <<

[39] Signos de buen agüero en los auténticos sacrificios. <<

[40] Sorprende que no sea Lisístrata la mencionada. Licón fue uno de los acusadores de Sócrates. <<

[41] Rey espartano. Con ayuda de algunos aristócratas se adueñó de la Acrópolis el año 508 a. C. pero el pueblo ateniense le puso sitio y él hubo de pactar su retirada. Es obvio que estos coreutas no participaron en aquella hazaña (lo mismo sucede más adelante, en el v. 665), pero asumen el sentimiento y el papel de representantes del pueblo ateniense. <<

[42] El semicoro de viejos representa al pueblo de Atenas, es decir, a la masa democrática que reacciona contra el golpe de estado, contra la tiranía que pretenden implantar las mujeres. En Samos se hallaba la base naval de Atenas en la costa Jonia, su principal bastión defensivo, el sostén de la ciudad y su sistema político. Por ello, los viejos invocan en su ayuda a los estrategos de la isla. <<

[43] Búpalo es el rival del yambógrafo efesio Hiponacte que, según él mismo nos dice (*fr.* 120 West), amenazó con hincharle un ojo. <<

[44] Los tribunales populares de la Heliea estaban constituidos en su mayoría por gentes de edad, incapaces de realizar trabajos duros. Estos viejos eran una carga para sus familias, que intentaban mitigar con la aportación de su sueldo como heliasta. Cabe suponer sin esfuerzo que su posición en sus casas no era demasiado airosa, y algunos de ellos se desquitaban en el tribunal, en el que eran gente importante. El viejo Filocleón, protagonista de las *Avispas*, es su paradigma. <<

[45] Sabacio se identifica con Dioniso. Al *euázein*, decir ¡evohé!, de los griegos le correspondía entre los tracios *sabázein* de donde procede el nombre. <<

[46] Aristófanes hace un juego de palabras para crear, tomando como modelo el mote *bouzygés*, yunta de bueyes, con el que se conocía a Demóstrato, un compuesto artificial *cholozygés*, que significa algo así como yunta de bilis, de hiel y que hemos intentado reflejar en nuestra traducción. En cuanto a la coincidencia de intervenciones de Demóstrato y su mujer, se produjo en ocasión de la expedición ateniense a Sicilia. <<

[47] Pándroso es hija de Cécrope y también una de las advocaciones de Atenea. <<

[48] Con ese apelativo se designa tanto a Ártemis, porque lleva antorchas, como a Hécate, como a Selene. <<

[49] Se trata de Ártemis, la diosa de Táuride, cf. Eurípides, *Iph. Taur.* 1157; Sófocles, *Ajax* 172. <<

[50] Uno de los principales cabecillas de la revolución oligárquica del 411, que desembocó en el establecimiento de un Consejo de cuatrocientos miembros frente a los quinientos que había establecido la constitución de Clístenes, cf. Tucídides VIII 65; 68; 98. <<

[51] Verso igual a *Ilíada* VI 492. Unos pocos versos después lo usa una de las mujeres, cambiándolo de acuerdo con sus intereses. <<

[52] Es el título de los jefes de la caballería de cada una de las tribus. Los caballeros gastaban melena larga, cf. *Eq.* 580; *Nub.* 14. <<

[53] Por metonimia, el nombre del escudo ligero sirve de base para formar el nombre de los que lo llevan, los *peltastas* o soldados de infantería ligera; Tereo es el rey de Tracia que, convertido en abubilla tras su metamorfosis, aparece como personaje en *Los pájaros*. <<

[54] De los fondos públicos se pagaba el salario de *heliasta*, de juez de los tribunales populares, la ocupación de muchos ciudadanos de cierta edad en Atenas y que para muchos de ellos constituía la principal, si no única, fuente de ingresos. <<

[55] Como Harmodio y Aristogitón, que llevaban los puñales con los que mataron a Hiparco escondidos de esa manera, según los escolios. <<

[56] Las *arréforos* eran cuatro niñas que los magistrados elegían cada año para llevarle en un cesto las ofrendas a la diosa en las Panateneas; las golosinas para la celebración se hacían con la harina molida por jovencitas también designadas. En cuanto a las osas de Braurón, se trata de niñas de edades comprendidas entre 5 y 10 años que disfrazadas de osas mimetizaban la fiesta que se celebraba en ese lugar en honor de Ártemis en memoria de la hambruna que la diosa envió a la ciudad cuando los atenienses mataron una osa consagrada a ella. En cuanto a las canéforos, eran muchachas que llevaban en sus cestas objetos rituales, cf. la escena fálica de *Los acarnienses*, 245 ss. <<

[57] La prenda que nombra aquí el coro es la que se llevaba directamente sobre la piel. Los viejos como luego las viejas, quedan desnudos, cubiertos sin duda por unas mallas en las que destacarían unos atributos sexuales de *atrezzo* bastante exagerados.

<<

[58] En el texto dice «los que subimos a Lipsidrio». En aquel paraje, situado en las laderas del Parnés, se refugiaron algunos enemigos de la tiranía tras el asesinato de Hiparco y hubieron de rendirse tras duro asedio. Respecto a la implicación de estos coreutas en el hecho véase la nota al v. 272. <<

[59] Hija de Lígdamis, acompañó a Jerjes en su expedición contra Grecia, cf. Herodoto VII 99. <<

[60] Cf. *La paz* 133 y su nota. <<

[61] El nombre es típicamente tebano: Ismene es una de las hijas de Edipo e Ismenio es el río de Tebas; Ismenias o Isménico llama el comerciante tebano de *Los acarnienses* (vv. 861 y 954) a uno de sus ayudantes. <<

[62] La cabalgadura de esta mujer indica simbólicamente el propósito de su viaje. El gorrión, como señalan los escolios a *Ilíada* II 305 y diversos autores antiguos, como Ateneo, Plinio y Hesiquio, es el pájaro sagrado de Afrodita, de cuyo áureo carro tiran (Safo, *Himno a Afrodita*, 10). Se atribuían virtudes afrodisíacas a la ingestión de su carne y sus huevos. <<

[63] En el original se habla de pelar, de agramar el lino, es decir, separar la corteza de la fibra. Nosotros hemos preferido poner calabacín para hacer más evidente el equívoco. <<

[64] En ciertos recintos sagrados, como Delos, cf. Tucídides III 104, estaba prohibido parir y había que procurar evitar que la gente muriera en ellos. Una nueva referencia al asunto, criticando a Eurípides, en *Ran.* 1080. <<

[65] En el texto dice «las anfidromias del casco». Aun a riesgo de caer en defecto de anacronismo, hemos decidido traducirlo por una expresión que se acerca bastante al contenido de aquella ceremonia que se celebraba a los pocos días del nacimiento y que consistía en llevar al recién nacido por las casas de amigos, allegados y vecinos para presentarlo en sociedad. <<

[66] Melanión es un célebre héroe arcadio, discípulo en las artes cinegéticas, junto a Meleagro y otros, de Quirón y esposo de Atalanta (cf. Jenofonte, *Cinegético* I 2.7), pero el coro deforma el mito para adecuarlo a sus propósitos, ya que según éste fue Atalanta la que huyó. <<

[67] Uno de los más ilustres generales de Atenas, vencedor de los beocios en Enófitia, cf. Tucídides I 108. Los escolios dicen que hubo dos Mirónides distintos, pero no parece que la otra vez que aparece este nombre, en *La asamblea...* 303, se trate de otra persona. <<

[68] Es otro destacado militar, cuyos éxitos más notables los obtuvo en batallas navales, cf. por ejemplo Tucídides II 83 ss. A uno de sus triunfos se alude en el v. 564 de *Los caballeros*. <<

[69] Es el paradigma del misántropo para los griegos y ésta es su primera mención en la literatura. Según los escolios, el tal Timón se hirió en una pierna al caer de un peral, pero prefirió morir de gangrena a permitir que se le acercara un médico. <<

[70] Epíteto de Deméter, significa «la verde», «la que hace verdear». Alude a su función de protectora de las simientes. <<

[71] Es un tópico de la comedia, Heracles el glotón viendo pasar los alimentos sin poder echarles mano jamás, cf. *Las avispas* 60, y su actuación general en *Las ranas* y en *Los pájaros*. <<

[72] Rodas había hecho recientemente defección del imperio ateniense, cf. Tucídides VIII 44. Por otra parte, los escolios señalan que el perfume de esa isla era menos apreciado que el que procedía de Siria. <<

[73] El tono paratrágico que utiliza Cinesias hace más sorprendentes y por ende graciosas sus palabras. El perro-zorra es Filóstrato, cf. *Eq.* 1069. <<

[74] La *Gerusia* o Consejo de Ancianos es una institución típicamente oligárquica existente en Esparta; el heraldo en su perturbación se la atribuye también a Atenas.

<<

[75] Son bastones de madera para llevar órdenes y mensajes. Se cortaban en sentido longitudinal y se entregaba una parte al que estaba en campaña mientras la otra quedaba en la ciudad. Las órdenes, cortadas tras escribirse como una monda de naranja, se enrollaban en la escítala y se llevaban a su destino, donde se leían enrollándolas en la parte de escítala que tenían, cuyas dimensiones y grosor coincidían exactamente con la que traía el heraldo y que podía llevar de vuelta los informes o mensajes necesarios. De esa forma se garantizaba el secreto de los mensajes, pues sólo en la otra mitad de la escítala podía leerse cómodamente. <<

[76] Prácticamente las mismas palabras de Hipólito (vv. 664 ss.) en la tragedia de su nombre, al saber por la nodriza la pasión que ha concebido por él Fedra, la esposa de su padre Teseo. <<

[77] Pues los viejos y las viejas se despojaron de ellas (cf. vv. 662 ss.) cuando iban a sostener su pelea. <<

[78] O sea, no se puede vivir con las mujeres ni sin ellas, cf. las palabras de la corifeo en la *parábasis* de *Las tesmoforias*, vv. 785 ss. <<

[79] La sorpresa acostumbrada, el giro brusco e inesperado. Un caso muy semejante a éste en *La asamblea...* v. 1147. <<

[80] No se trata de ninguna prenda interior, que no se usaba como permiten ver numerosos pasajes, entre ellos los vv. 800 y 824 de esta comedia (cf. H. Licht, *Vida sexual de la Antigua Grecia*, trad. esp. Madrid 1976, pp. 65 ss.), sino de bandas o tiras de tela usadas durante la menstruación. <<

[81] A efectos administrativos, el año ateniense se dividía en diez partes llamadas *pritanías*. En cada uno de esos períodos, una de las diez tribus de Atenas, representada por cincuenta individuos, ejercía la presidencia del Consejo de la ciudad, constituido por quinientos miembros, a razón de cincuenta por tribu. Cada uno de sus miembros ostentaba el título de *prítanis*, de consejero, y cada día se sorteaba entre los *prítanes* de la tribu que presidía quién había de ejercer la función de *epístato*, de presidente de los *prítanes*, es decir, de Presidente del Consejo de la Ciudad. De esta manera, el sorteo podía hacer que cualquier ciudadano ateniense fuera una vez Presidente de su ciudad. <<

[82] Uno de los escándalos que precedieron a la partida de la expedición ateniense a Sicilia en el 415. En él, como en la profanación de los Misterios de Eleusis, estuvo implicado Alcibíades. Los hermes eran «unos bloques de piedra cuadrangulares (...) y hay muchos, tanto a la entrada de las casas particulares como en los templos» (Tucíd. VI 27). Se ponían también en los caminos, y estaban rematados por una cabeza del dios y llevaban esculpidos en relieve unos atributos viriles. La palabra, *hermáî*, se crearía por la relación entre Hermes y los viajes o más bien por una relación del nombre del dios con el de los montones de guijarros, *hérma*, que se usaban como mojones en las lindes y caminos. <<

[83] Este Lisítrato, mencionado en *Las avispas*, v. 787, era un conocido chapero. ¿Es el nombre de Lisístrata el que provoca la aparición del suyo o es una velada alusión a la preferencia de los lacedemonios por las relaciones homosexuales frente a las heterosexuales? <<

[84] Como ocurre con otras divinidades personificadas, una joven desnuda representa el papel de ésta. <<

[85] Verso tomado de la *Melanipa* de Eurípides. <<

[86] Tucídides (I 101-102), sin precisar quién hizo la petición en nombre de Esparta ni cuántas tropas envió Atenas, relata este hecho que supuso un grave deterioro de las relaciones entre ambos estados, oficialmente amigos tras su participación conjunta en el triunfo frente a los persas: las tropas atenienses, llamadas junto a las de otros aliados para expulsar del Itome a los ilotas allí refugiados tras su rebelión, fueron reenviadas a Atenas con pretextos al no conseguir los objetivos en poco tiempo. <<

[87] Los escolios dicen que se refiere a los aliados de Hippias, que eran mayoritariamente de esa región. <<

[88] Ambiguo, como lo es toda esa escena, llena de ambigüedad y de alusiones más o menos veladas. Los atenienses retenían aún Pilos desde su inesperada conquista por Cleón de la que tanto se jacta en *Los caballeros*. El espartano reclama aparentemente la plaza, pero *pylos* significa «puerta», «acceso» y en ello hay una evidente alusión al sexo de Concordia, lo que me ha hecho traducir «agujero». <<

[89] Equinunte es una ciudad de Tesalia, pero su nombre tiene que ver con el del erizo, con sentido obsceno; Malia se relaciona con las manzanas, de cuyo sentido metafórico referido a los pechos femeninos ya hemos hablado; las piernas de Mégara son sus Muros Largos, similares a los que unían Atenas con su puerto del Pireo, que se llamaban efectivamente así. <<

[90] Nuevamente frases con claro doble sentido: recuérdese la mención metafórica del sexo de la muchacha beocia en los vv. 87 ss. mediante una referencia a los campos de su región. <<

[91] Caristo es una ciudad de Eubea, aliada de Atenas, cuyos habitantes tenían fama de ser muy disolutos. <<

[92] Igual que en las Estrofas, el coro sorprende al público dando un giro inesperado a sus palabras de invitación. Parecida broma es muy frecuente, véase por ejemplo *La asamblea...* 1144; 1168 ss. <<

[93] El t3pico del vino como ayuda para clarificar la mente y como endulzador de la vida en general, cf. *Eq.* 89 ss. <<

[94] Véase *Las avispas* 1247 y su nota, cf. también *PMG* 912b. <<

[95] En ese cabo de la isla de Eubea infligió la escuadra griega la primera gran derrota a la flota de Jerjes, cf. Heródoto VII 177 ss. <<

[96] El espartano alude ahora a la gloriosa batalla de las Termópilas en la que unos pocos de ellos contuvieron a los persas, cf. Heródoto VII 204 ss. <<

[97] Ártemis <<

[98] Las referencias son bastante claras: El Curador es Apolo; Dioniso es el de Nisa y Afrodita, la diosa de Chipre, cf. v. 551. <<

[99] Apolo es el dios de Amiclas; Atenea es la Calcieco, «la de morada de bronce»; los Tindáridas son los Dioscuros, Cástor y Polideuces. <<

[100] Como producto de su unión con Zeus, metamorfoseado en cisne, Leda puso un huevo en el que había dos parejas de gemelos: los niños son los Dioscuros; las niñas, Clitemestra, la esposa de Agamenón y Helena, la de Menelao, causa de la guerra de Troya, que en Esparta era venerada como heroína. Tindáridas son todos ellos porque el esposo terrenal de Leda es Tindáreo. <<